SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

El Registro de la Policía

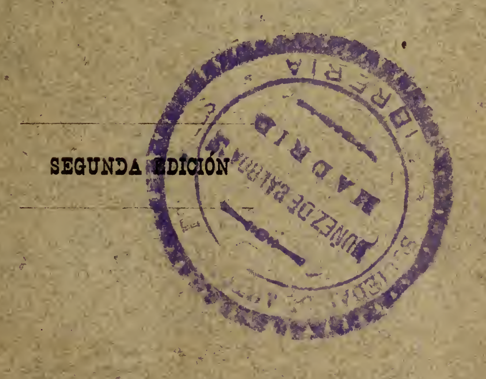
Drama en ocho actos y en prosa

ACOMODADO Á NUESTRA ESCENA

POR

EDUARDO VIDAL VALENCIANO

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1902



EL REGISTRO DE LA POLICÍA

EL REGISTRO DE LA POLICÍA

Drama en ocho actos y en prosa

ACOMODADO Á NUESTRA ESCENA

POR

EDUARDO VIDAL VALENCIANO

Representado con extraordinario éxito en los principales teatros de Barcelona y en Madrid, Valencía, Palma, etc.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ENRIQUETA................	Doña Carlota de Mena.
*CONDESA.............	Pilar Clemente.
*LUISA......................	Balbina Pí.
MARIANA....................	Adela Clemente.
LA ZURDA.................	Ana Monné.
SOR GENOVEVA............	Cayetana Vidal.
EL CONDE.................	Don Antonio Tutau.
*PEDRO.......	Modesto Santolaria.
JAIME................	Juan Bertrán.
EDUARDO..........	Miguel Riba.
EL DOCTOR	Miguel Pigrau.
*PATRICIO.................	Juan González.
ROQUE.....................	Jaime Molgosa.
EL MARQUÉS	Luis Llibre.
LEON...............	Gabriel Carbonell.
LUCIANO....................	Antonio Pérez.
INSPECTOR DE POLICÍA...	N. N.
SARGENTO................	N. N.

Caballeros, Polizontes, Criados, Mercaderes, Hermanas de la Caridad, Retenidas de la Salpêtrière.

---

* En los teatros **Español** y **Romea** de Barcelona fueron representados los papeles de Condesa, Luisa, Pedro y Patricio por los actrices D.ª Segarra, Ricart y Sres. Isern y Muns.

ACTO PRIMERO

La diligencia de Evreux

Una plaza de París. A la derecha una rampa. A la izquierda una taberna. Varias mesas delante de la puerta y á la sombra de algunos árboles. En el fondo barracones figurando tiendas ambulantes. El puente cruza el escenario por un lado. Algunos poyos de piedra. En lontananza una vista de París. Es al caer de la tarde.

ESCENA PRIMERA

Gente de toda condición. Mercaderes, mendigos y bebedores, éstos en las mesas. Luego LA ZURDA. Cuadro animadísimo. Entre la muchedumbre un CANTOR callejero tocando el violín. Le rodean varios curiosos y chiquillos

CANTOR ¡Quién pide otro! Que se acaban, señores. La canción del pastor Lisandro y la hermosa Magalona... ¡Quién pide otro!

VENDED. ¡Medias de lana! Bonitas y baratas. Tortas calientes... Calentitas... Calentitas... ¡A la rica torta!... (Unos caballeros atraviesan de derecha á izquierda en dirección á la taberna y la Zurda les sale al paso.)

ZURDA ¡Caballeros!... ¡una limosnita por amor de Dios!... ¡Apiádense de esta pobre enferma que tiene siete criaturas que mantener!...

(Una niña que va acompañada de su madre la da una limosna. Ambas siguen su camino. La Zurda besa la moneda y dice:) ¡Dios te lo pague, angelito del cielo!...

ESCENA II

EL MARQUÉS, ROQUE vestido de artesano. LEÓN, LUCIANO y caballeros

MARQ. Si no me engaño, este es el sitio donde Roque tenía que aguardarme.

ZURDA ¡Caballero, una limosnita por amor de Dios!

MARQ. Déjame en paz.

ZURDA (Pidiendo á otros caballeros que atraviesan de derecha á izquierda.) Para esta pobre enferma... Dios os lo pague, generoso caballero.

MARQ. (Buscando por entre la muchedumbre.) ¡No le veo! ¿Querrá hacerme esperar?

ROQUE (Llegando de pronto y saludando.) Estoy á las órdenes del señor Marqués.

MARQ. Que el diablo me lleve si hay quien lo conozca en ese traje. Pareces una persona decente.

ROQUE Gracias, señor Marqués.

MARQ. Se trata de que demuestres todo lo que vales.

ROQUE El señor Marqués sabe perfectamente de cuanto soy capaz por complacerle. El hombre, que, según me habéis dicho, debía aguardar á las dos muchachas, yo os aseguro que no acudirá á la cita. Gracias á este vestido hemos trabado amistad; le he invitado á una partida de dominó, en tanto esperábamos la diligencia, y bebiendo y charlando ha pillado una borachera, que le tiene amodorrado por tres horas á lo menos.

MARQ. ¡Bravo, Roque!

ROQUE Respecto á las muchachas, de sobra sé ya lo que tengo que hacer.

LEÓN (León y Luciano cruzan por el fondo y se detienen al ver al Marqnés.) ¿El Marqués en este sitio?

MARQ. ¡Hola, amigos míos!... Feliz encuentro... ¿Qué hacéis por aquí?

LEÓN Venimos de comer ostras. Pero tú, ¿desde cuando te hallas en París?... Yo te creía bastante lejos de la capital cazando á un tiempo las perdices y la herencia de tu anciana tía.

MARQ. Pues ni herencia ni perdices.

LEÓN ¿De veras?

MARQ. Las perdices iban demasiado aprisa, y la herencia venía sobradamente despacio.

LEÓN ¿Y á santo de que te hallamos en esta plaza?

MARQ. Es que aquí para la diligencia de Evreux... y hoy precisamente...

LEÓN ¿Debe llegar alguna linda muchacha?

MARQ. Eso es. Un tesoro de gracia y hermosura. La ví un momento con su vestidito de provinciana, y desde entonces estoy locamente enamorado de ella.

LUC. ¡Hola! ¡Hola!

LEÓN Cuéntanos eso.

MARQ. Recordaréis que partí al saber que mi pobre tía estaba gravemente enferma. El castillo de mis antepasados era una verdadera cárcel en medio de un desierto, donde me moría de fastidio. Pero yo aguardaba con paciencia el fin de aquella cruel enfermedad... y ese fin llegó. Mi tía, cuya vida se escapaba por momentos, ¡se halla completamente restablecida!

TODOS ¡Ah!

MARQ. Pero no lo siento.

LUC. ¡Quién lo duda!

LEÓN Y una vez restablecida vuestra tía...

MARQ. Tomé la posta y regresé á París.

LEÓN Pero, ¿y la normanda?

MARQ. Voy al caso. Cerca de Rambouillet di un par de escudos al postillón para que subiese á galope una empinada cuesta. De pronto, tuvo que acortar el paso, porque un pesado carruaje se obstinaba en marchar por el centro de la carretera; bajé furioso y dispuesto á emprenderla á latigazos con el mayoral, cuando ví asomarse á la portezuela

del coche una cabecita hermosa como pocas, con unos ojos como un cielo, y una sonrisa...

LEÓN ¿Que te hizo olvidar al mayoral?

MARQ. Completamente. Ya no pensé más en tomar la delantera. Llegamos á un mesón, y mientras mudaban el tiro, ví á mi bella aparecida que se disponía á bajar del carruaje para tomar el aire. Corro hacia á ella, la ofrezco la mano para apearse, me da las gracias con la mayor finura, la digo cuatro tonterías para explorar el terreno, y la muchacha, á quien creía una bobalicona, me contesta con una gracia y soltura incomparables. En fin, supe que venía á París en compañía de una hermana; que aquí no conocía á nadie, y que á su llegada debía aguardarlas un antiguo carpintero á quien habían sido recomendadas.

LEÓN ¿Y qué más?

MARQ. (Sonriendo.) ¿Qué más? Id esta noche al pabellón de Bella-vista, y allí, en uno de los descansos del baile de máscara, copa en mano, os prometo el desenlace de mi aventura.

TODOS Convenido.

LEÓN Pues entonces, buena suerte y hasta más tarde.

MARQ. Hasta la noche.—¡Roque! (Que pasea por el foro.)

ROQUE Señor...

MARQ. ¿Recuerdas mis instrucciones?

ROQUE Todo corre de mi cuenta.

ZURDA (Al Marqués.) ¡Una limosna por amor de Dios!

MARQ. (Yéndose.) ¡Quite allá la vieja!

ZURDA Está visto; cuando una entra en años, adiós mi dinero. Es preciso que me busque algún ganapán.

ESCENA III

LA ZURDA y PEDRO

PEDRO (Este entra por el fondo con su muela de afilar.) ¡Cuchillos y tijeras para afilar!... Navajas y cortaplumas.

VOZ (Dentro.) ¡Eh, afilador! Aquí, muchacho.

PEDRO Voy... voy al momento. (Coloca la rueda á la puerta de la tienda.)

ZURDA ¡Hola! ¿Tú por aquí, buena pieza?

PEDRO ¡Ah! ¿sois vos, madre?

ZURDA Sí, yo soy, holgazán.

PEDRO ¡Holgazán!... Trabajo cuanto puedo.

ZURDA ¡Trabajas! Pues de esto me quejo, imbécil. Flaco, enfermizo, raquítico... y zambo por añadidura; y en vez de aprovechar todas esas cualidades para pedir limosna, se pone á trabajar. ¡Ay! ¡Qué lástima de fortuna!

PEDRO ¡Pedir limosna!... Ya sabéis que no soy capaz.

ZURDA ¿Cómo que no eres capaz?

PEDRO No: siendo niño, me llevábais á vuestro lado, y repetía, sin comprender su sentido, las palabras conmovedoras que me habíais enseñado. Nunca alargaba la mano, porque vos recibíais siempre las limosnas. Más tarde me dijísteis: Anda, ya eres bastante crecido, vé á mendigar por tu cuenta», y partí. Iba solo por primera vez, completamente desorientado, y me detuve en esta plaza donde veníamos cada día. Me arrodillé en aquella esquina y traté de pedir limosna; pero las palabras que entonces ya comprendía, se negaban á salir de mi boca, y cuando tuve que tender la mano, como os lo había visto hacer á vos, sentí en mi interior un movimiento de vergüenza que llegó hasta á abrasar mi rostro. ¿Veis esta acción? (La de tender la mano.) Pues no puedo explicaros el daño que me hace. Cuando tengo la mano abierta así, y echan una moneda en ella, siento un dolor como si me cayera una gota de plomo derretido, y sin que yo sepa por

qué, acuden los sollozos á mi garganta y se llenan de lágrimas mis ojos. Yo no puedo mendigar, madre mía, á pesar mío, me es imposible; me es completamente imposible.

ZURDA ¡Anda, hijo sin entrañas! ¡Prefieres dejar á tu madre en la miseria!

PEDRO ¡En la miseria! Pero si la limosna produce, y á vos no os falta valor...

ZURDA Si tuviera que mantenerme á mí sola...

PEDRO ¡Es verdad! Hay que mantener á mi hermano Jaime... hay que mantenerle á él, que no está flaco ni enfermizo...

ZURDA Por él es por lo que quisiera encontrar un buen gancho. ¡Es tan guapo mi querido Jaime! ¡El vivo retrato de mi pobre Frochard que esos pícaros jueces me mataron!

PEDRO ¡Sí, sentenciado por homicidio, y ejecutado en un cadalso!

ZURDA No serás tú quien le vengue. Si fuera Jaime, ya es distinto, él no es un gallina como tú: nada le espanta.

PEDRO ¡Oh, nada! ¡Ni aun el ver correr sangre!

ZURDA ¡Calla, imbécil! ¿Quieres que te lo diga claro? Tú no servías más que para persona decente, y yo aborrezco á toda esa canalla de personas decentes. (Cambia de tono y pidiendo á unos transeuntes.) ¡Almas caritativas! ¡Tened compasión de esta pobre enferma!... (Se para y recibe una limosna.)

PEDRO (Viendo que la Zurda se aleja) Quizás tenga razón. Yo no servía más que para persona decente, pero nadie me ha enseñado á serlo; de suerte que me veo rechazado por los unos é infeliz con los otros ¿Para qué vivo, pues, en este mundo? (Da vueltas á la muela.)

ESCENA IV

PEDRO, LA ZURDA, JAIME y dos HOMBRES

JAIME (Entran los tres cogidos del brazo y cantando.) ¡Ah! ¡Mi madre y el cojo! ¿Habéis visto á Mariana por aquí?

ZURDA Todavía no, muchacho.
JAIME Camaradas, entrad ahí. (La taberna.) Encargad la fritura, el vino y el aguardiente. Yo pago.
ZURDA ¿Tú pagas, muchacho? ¿Has hecho algún buen negocio?
JAIME Yo no; Mariana.
ZURDA ¡Ah! ¿Y qué negocio es ese?
JAIME (Bajo.) No lo sé. Pero yo le mandé que buscase... y encontró. Ea, cojitranco, acércate acá.
ZURDA ¡Qué buen mozo es mi hijo!... ¡ Y qué buen humor gasta siempre!...
JAIME Los hijos bien criados dan cuenta á su madre de lo que han ganado en la semana. ¿Verdad, madre?
ZURDA Así es, prenda.
PEDRO ¡Sí; para que luego te quedes tú con todo!
JAIME (Con violencia.) Bueno: ¿y qué?
PEDRO ¿Y qué? Que eso es injusto, que eso es...
JAIME Mira que si no callas te sacudo.
PEDRO No sé cómo tienes alma para pegarme, siendo más fuerte que yo.
JAIME ¡Qué bestia es ese muchacho! Pues si fueses tú el más fuerte, ¿no me pegarías á mí?
PEDRO ¡Nunca! Me parecería indigno y cobarde.
JAIME (Sacudiéndole del brazo.) ¡Ea! Basta de discusión y vamos al grano. ¿Cuánto has ganado?
PEDRO (Dando el dinero á su madre.) Diez francos, siete sueldos.
JAIME ¿Y eso es todo, estúpido? ¿Qué has hecho de tu cuerpo en toda la semana?
PEDRO He recorrido calles y plazas desde la mañana hasta la noche, con mi rueda á cuestas, y haciendo voltear la mano cuando me daban trabajo. No he comido más que pan seco, y no he bebido más que agua. ¿Qué más podía hacer?
JAIME Chico, has tomado muy mal oficio. Es necesario que aprendas otro que yo te enseñaré.
PEDRO (Con espanto.) ¿Otro tú? ¡Oh, no! No lo quiero...
ZURDA Yo te he recogido esto. Aquí lo tienes con el dinero de éste.

JAIME — No, si dinero no me falta. (La Zurda va á guardarlo y Jaime cogiéndolo añade.) Sin embargo, lo tomo por no despreciarlo.

ZURDA — ¡Qué indino es! (Gozosa.)

JAIME — Ahora os convido á los dos á echar un trago en la taberna.

PEDRO — Gracias: tengo algún trabajo que concluir y el vino me trastorna la cabeza.

JAIME — ¡Já, já, já! Francamente, cojo, á veces me das compasión. Al fin y al cabo no es culpa tuya si eres raquítico, si un vaso de vino te emborracha y te asusta una buena moza. ¡Pero qué diablo! Tampoco es culpa mía si yo soy alto y vigoroso, si me gusta el vino, el juego y las muchachas bonitas. Para tí el trabajo es la vida; yo sólo trabajo cuando no tengo otra cosa mejor que hacer, y aun así, lo menos que puedo y de mala gana.

PEDRO — Sí; para ser hermanos, muy poco nos parecemos.

JAIME — La sangre que corre por tus venas, es sangre de cordero; la que hierve en las mías, es sangre de mi padre. Hace más de cien años que excepto tú, débil y raquítico, todos somos así en la raza de los Frochards. Diríase que cuando Dios echó en la tierra la semilla de los bandidos, se le rompió el saco en nuestra casa.

ZURDA — ¡Eso es un hombre! ¡Bendita sea tu boca!

JAIME — (Cogiendo á su madre del brazo.) ¡Vamos! El que quiera que me siga, que yo tengo el gaznate seco. ¿Vamos, vieja?

ZURDA — Andando, prenda. (Ruido de látigo, campanillas, coche y voces. Todo indispensable.)

PEDRO — ¡Ah! Ahí viene la diligencia de Evreux. Voy á devolver mi trabajo y á ver si hay algo que ganar. (Jaime y la Zurda entran en la taberna. Pedro en la tienda, en cuya puerta dejó la muela.)

ESCENA V

Llegada de la diligencia. Si el teatro no permite que salga el vehículo, se supondrá que para en el bastidor del foro. Aparecen LUISA, ENRIQUETA, VIAJEROS, POBRES, MOZOS de cordel. Todos gritan y hablan á la vez. EL MARQUÉS aparece en el fondo y observa. ROQUE en la puerta de la taberna

MOZOS Señora, ¿traéis equipaje? ¿Hay que llevar algún cofre? ¿Queréis que os lleve la maleta? ¿Falta un coche?

MENDIGO ¡Una limosnita por amor de Dios!

MAYORAL (Dentro.) ¡Fuera de enmedio! No estorbar... Cuidado...

MARQ. (Acercándose á Roque.) Roque, ¿y nuestro hombre?

ROQUE Lo que os dije, durmiendo la mona.

MARQ. ¡Magnífico! Mírala bien. La más alta de las dos.

ROQUE ¡Preciosa! Voy en busca de mi gente. (Vanse el Marqués y Roque, cada cual por diferente lado.)

ENR. (Dando la mano á Luisa.) Ven, Luisa; ven acá, no te hagan daño.

MOZO ¿Queréis que pida un coche?

ENR. Gracias, buen hombre. Aguardamos á una persona que ha de venir á buscarnos. (Los viajeros van alejándose poco á poco durante el principio de la escena siguiente.)

ESCENA VI

ENRIQUETA y LUISA

ENR. Siéntate, Luisa, aquí tienes un banco.

LUISA (Sentándose.) Es extraño que el señor Martín no haya venido á esperaros.

ENR. Tranquilízate, ya vendrá. ¡Oh! ¡Qué rico y hermoso es París!

LUISA ¿Sí?

ENR. ¡Ay, pobre hermana mía! ¡Si tú pudieses ver todas estas maravillas! ¡Qué grandioso es todo esto!

LUISA Dime lo que ves. ¿En dónde nos encontramos?

ENR. Cerca de un hermoso puente, con casitas á cada lado y una gran estatua en el centro.

LUISA Pues será el puente nuevo. Papá nos hablaba de él muy á menudo, porque había vivido cerca de aquí con nuestra madre, antes de retirarse á Evreux.

ENR. Hacia un lado se ven dos grandes torres negras. ¿Serán las de Nuestra Señora?

LUISA (Con tristeza.) ¡Nuestra Señora!... ¡Allí fué abandonada mi cuna!... Allí fuí recogida por la caridad del que hizo de mí su segunda hija! Sin él habría yo muerto de hambre y de frío... ¡y quién sabe si hubiera sido mejor para mí!...

ENR. ¡Qué dices!

LUISA No sería como ahora una infortunada ciega, un motivo de tristeza y dolor para cuantos me rodean.

ENR. No hables así, Luisa. ¿Olvidas lo mucho que te querían mis padres? Tú fuiste su consuelo, su alegría hasta el fatal momento en que se apagaron tus ojos.

LUISA ¡Esta desgracia no fué tan grande como la de quedar huérfanas las dos!

ENR. Tienes razón, pero ya que ésta es irremediable, tratemos de reparar la tuya. Sabes que si he realizado todo cuanto poseíamos, ha sido para venir á París, donde hay sabios médicos que devolverán á tus bellos ojos el brillo que perdieron.

LUISA ¡Quiera Dios que se realice tu esperanza.— ¿Pero y el señor Martín que no viene?

ENR. Tal vez nos aguarde en la administración. ¿Vamos á verlo?

LUISA Vamos. (Vanse. Así que han desaparecido se oyen en la taberna las voces de Jaime y sus camaradas que cantan y ríen. Al propio tiempo Mariana entra por el fondo abatida y vacilante, y se detiene en frente de la taberna. Empieza á obscurecer.)

ESCENA VII

MARIANA

¡Qué oigo! ¡Es él! ¡Canta, desdichado! ¡Embriágate! Olvida á la infeliz mujer á quien has destrozado el corazón, y que para escapar de tus garras no tiene más recurso que morir.—El río está allí: pronto habrá concluído todo... ¡Que el último grito de mi alma desesperada llegue hasta tí como una maldición!... —¡Cómo tarda la noche!... Quizás me verían... y podrían salvarme... y yo... ¡no quiero que me salven!... (Déjase caer abatida en un banco.)

ESCENA VIII

MARIANA, ENRIQUETA y LUISA

ENR. Tampoco está en la administración.

LUISA ¿Y por aquí no le ves?

ENR. (Inquieta.) No, no parece todavía. Pero hay allí una mujer que da lástima, tan pálida está y tan desgraciada parece... Se ha dejado caer en un banco, debe sentirse mal.

LUISA Vamos á socorrerla. Háblale, Enriqueta: ¡anda, hermana mía!

ENR. (Acercándose á Mariana.) Señora... señora... ¿puedo serviros en algo?

MAR. No.

ENR. ¡Estais muy abatida! (Mariana calla.) ¿Os hallais indispuesta? ¿Sufrís algún mal, señora?

MAR. Sí... Sí... ¡sufro mucho!

ENR. ¿Tal vez tendréis necesidad de algún auxilio... de algún socorro?

MAR. (Bruscamente.) ¡Yo nada necesito!

LUISA (¡Con qué acento lo dice!)

ENR. ¡También tiene su orgullo la miseria!

LUISA ¡Hay en su voz algo de siniestro que espanta!

ENR. Señora, miradnos y tened confianza en nosotras. No somos ricas; pero si pudiéramos auxiliaros...

MAR. Ya os he dicho que nada necesito; porque hay dolores que no se alivian... porque hay males que no se curan... pero en fin... ¡todo acabará!

LUISA ¡Queréis morir!...

MAR. (Levantándose bruscamente.) ¿Quién os lo ha dicho?

LUISA Lo he comprendido. Me lo han revelado vuestras palabras... Nosotras, las ciegas, á quien ningún objeto exterior distrae, escuchamos con el alma, con el corazón, y el mío percibe los dolorosos latidos del vuestro.

ENR. (Sosteniéndola.) Decidnos vuestras penas. Quién sabe si podremos mitigarlas..

MAR. (Enternecida y estrechándoles las manos.) ¡Qué buenas sois! ¡No me conocéis! ¡No me habéis visto y os compadecéis de mí!... ¡Ah! ¡Más valiera no habernos encontrado! ¡Dejadme! ¡No me apartéis del abismo que me atrae!

ENR. (Deteniéndola.) ¡No, deteneos!

LUISA ¡Deteneos en nombre del cielo!

MAR. ¡Ah! ¿No sabéis que me persiguen? ¿Que los agentes de policía pueden encontrarme y que ya no tengo fuerzas para huir?...

ENR. ¿Pero qué falta habéis cometido?...

MAR. ¡He robado!

ENR. y LUISA ¡Ah! (Con espanto.)

MAR. El jornal de toda una semana, todo cuanto poseía una infeliz obrera como yo, todo se lo he robado.. por él... por un miserable á á quien desprecio... y á quien amo... (En este momento se oyen voces y algazara en la taberna.) ¿Oís?... ¿Oís esas voces aguardentosas?... ¿Esos gritos... esas carcajadas?... Allí está con sus compañeros de infamia. Lejos de él la razón me ilumina, sus vicios me inspiran horror, mi corazón se subleva y mi amor se

convierte en odio... Pero... ¡ay!... Tan pronto como aparece á mi vista, ese desprecio, ese odio se extingue. Me habla... y tiemblo. Me mira... y vuelvo á ser su esclava. Por él he robado y creo que hasta mataría si me dijera... ¡mata! Ya véis, pues, que más vale que yo muera... ¡Comprenderéis, pues, que debo morir!..

ENR. ¡No se redime una falta cometiendo un crimen!

MAR. ¡Pero no véis que si me descubren me encerrarán en una cárcel!

ENR. ¿Y qué? Más vale sufrir el castigo de algunos meses que una pena eterna.

LUISA Cuando salgais de la cárcel, os habréis reconciliado con los hombres..

ENR. Y cuando os hayais arrepentido, os habreis reconciliado con Dios.

MAR. ¡Dios!... ¿Estais seguras de que hay un Dios?

ENR. (Con fe.) ¡Sí, estamos seguras!...

MAR. A mí siempre me han dicho que no existía.

LUISA ¡Oh!.. ¡Desventurada mujer!

ENR. (Indicando el río.) Hé ahí á donde os conducían los que tan vil error os enseñaban.

MAR. ¡Quizás tengais razón!

LUISA Sí, sí; creednos y borrareis vuestro pasado, y se brotará á vuestros ojos un porvenir más tranquilo y dichoso.

MAR. ¡El porvenir! ¡Qué puedo esperar de él!... ¡Me han despedido de mi taller!... ¿Dónde encontraré trabajo? ¿Cómo viviré hasta entonces?...

ENR. (Obligándole á tomar algunas monedas.) ¡Tomad! Tomad entre tanto...

MAR. ¡No!... ¡No!...

LUISA ¡Por Dios, no lo rehuseis!

MAR. (Llorando) ¡Ah!... Teneis razón... Preciso es que haya un Dios en el cielo, puesto que dos de sus ángeles vienen á socorrerme... (Cogiéndoles las manos y besándoselas.)

ENR. ¡Valor!

MAR. (Con viva resolución.) Sí... sí... Con esto que me dais saldré de París... y huiré de él.. de mi

genio maléfico para no volverle á ver ¡jamás!... ¿Tendré valor?... No lo sé... ¡Oh!... Pero lo que sé muy bien, es que yo quisiera dar mi vida por vosotras.

JAIME (Aparece en la puerta de la taberna.) ¡Mariana!

MAR. Benditas seais mil veces. Adiós... adiós... ¡Ah! ¡El! (Al querer marchar Mariana tropieza con Jaime.)

ESCENA IX

DICHAS, JAIME, después un SARGENTO y dos GENDARMES

JAIME ¡Mariana! (Bajo á Enriqueta.)

LUISA ¿Qué hace?

ENR. (Idem á Luisa.) La infeliz se detiene.

JAIME ¿A dónde ibas tan aprisa?

MAR. Huía de tí... porque no quiero volverte á ver.

JAIME ¡Cómo! ¿Que no quieres volverme á ver, Mariana?

MAR. (Apartando los ojos de él.) ¡No!

JAIME Pues entonces... ¿por qué te detienes cuando te llamo? ¿Por qué te acercas cuando te atraigo? ¿Por qué tiembla tu mano cuando la estrecho entre las mías?

MAR. (Rechazándole.) ¡Oh! ¡Quita! Quiero resistir .. ¡Me avergüenzo de la vida que llevo y de la infame senda en que me has precipitado!

JAIME ¡Hola! ¿Remordimientos tenemos... y acusaciones por añadidura? Anda, tontona. Echate todo eso á la espalda y sígueme. (Queriendo coger la mano de Mariana que esta retira.)

MAR. Repito que no.

JAIME Es que yo lo quiero. ¿Oyes?

MAR. Y yo... yo... (Vacilando.)

JAIME (Con imperio.) ¡Te lo mando!

MAR. (Mirando alternativamente á Jaime y á las dos jóvenes.) Y yo no quiero... Se acabó tan vil esclavitud. ¡Ya no me harás obedecer... quiero ser libre!

JAIME ¡Necia! En el momento que yo quiera volverás á ser obediente y sumisa como siempre has sido.

MAR. ¡Nunca!

JAIME ¡Nunca! ¡Y cómo me has de resistir; imbécil! (Cogiéndola por un brazo. Mariana se deshace de Jaime, mira á su alrededor, ve á los Gendarmes que salen en este momento y dice:)

MAR. ¡Cómo! ¡Ah! Vas á verlo. Señor Sargento.

SARG. ¿Qué quereis?

MAR. ¡Yo... soy una ladrona!

SARG. ¡Qué!

MAR. Que yo he robado. ¡Prendedme!

JAIME ¡Cómo!

SARG. ¡Que os prenda! ¿Quién sois vos?

MAR. Una culpable: una infeliz á quien vuestros soldados perseguían hace una hora en la Cité. He podido escaparles: pero ahora me arrepiento y me entrego. Aquí me teneis.. prendedme.

JAIME (Arrimándose á un lado.) (¡Se ha vuelto loca!)

SARG. ¿Pero es cierto?...

MAR. Me llamo Mariana Gautier y os lo repito, ¡los agentes me persiguen!

SARG. Corriente, puesto que lo confesais... seguidme.

MAR. ¡Vamos! (A Enriqueta.) ¡La expiación empieza!.. Rogad al cielo que me dé valor para acabarla. (El Sargento y Gendarmes se retiran llevándose á Mariana que al paso dice á Jaime) ¡Ya ves cómo me he librado de tí! ¡Desde hoy soy libre!... Sígueme á mi nuevo asilo.

JAIME ¿A la cárcel?... ¿Háse visto mujer más estúpida?

VOCES (En la taberna.) Jaime... Jaime.

JAIME (Turbado.) Sí.. sí... ¡Voy al momento! (Entra en la taberna.)

ESCENA X

LUISA, ENRIQUETA, ROQUE, y luego DOS HOMBRES

ENR. (Abrazando á Luisa.) ¡Qué miedo habrás pasado!

LUISA ¡Oh! sí.

ENR. ¡Pero empieza á anochecer... y ese señor Martín que no viene!...

ROQUE (Acercándose.) Aquí me teneis, señoritas.

LUISA ¡Ah! ¡Por fin!..

ENR. Señor, os esperábamos con una impaciencia .. Me dispensareis que haya llegado algo tarde.

LUISA Empezábamos á estar intranquilas...

ROQUE Es que vivo muy lejos de aquí.

ENR. (Sorprendida) ¿Muy lejos de aquí?

LUISA Nos dijeron que vivíais á dos pasos...

ROQUE (¡Demonio!) Sí, en efecto... vivo... vivía á dos pasos .. pero hace poco que he cambiado de casa. Vamos, vamos, señoritas. (Quiere coger á Enriqueta pero esta vacila y dice:)

ENR. Vos... sois...

ROQUE El señor Martín; el antiguo carpintero... ya sabeis...

ENR. Es que... (Con impaciencia)

ROQUE Si me haceis el agravio de dudar de mis palabras, mirad, allí hay buenos vecinos, personas honradas del barrio que os responderán de mí. (Va al fondo y hace señas á dos hombres que aparecen.)

ENR. ¡Vecinos del barrio!

LUISA (Tendiendo la mano.) ¡Enriqueta, no me dejes!

ENR. Aquí estoy, Luisa. (Quiere ir hacia su hermana, pero á una señal de Roque los dos hombres le cortan el paso) ¡Qué significa esto, señores!

ROQUE Ea, basta de dilaciones. La carroza está á dos pasos; acabemos de una vez.

ENR. No os seguiremos.

ROQUE Obedeced.

LUISA ¡No, no! (Se dirige hacia su hermana y Roque la detiene.)

ENR. Repito que no os seguiremos. (A una señal de Roque los dos hombres la amordazan y se la llevan. Luego observa desde el fondo y después que han desaparecido los hombres con Enriqueta, dice:)

ROQUE Perfectamente. Todo ha salido á pedir de boca.

ESCENA XI

LUISA, luego LA ZURDA, después PEDRO

LUISA ¡No oigo nada!... ¿Enriqueta? ¿Dónde está ese hombre? ¿Y tú por qué no me contestas? ¡Enriqueta!... (*Con terror*) ¡Enriqueta!... responde... habla... ¡Enriqueta!

ENR. (*Lejos con voz apagada.*) ¡Luisa!

LUISA (*Dando un grito y andando á tientas hacia la parte por donde se han llevado á Enriqueta.*) ¡Ah!... ¡ella!... (*Óyese el ruido de campanillas y el chasquido de un látigo.*) ¡Se la llevan... ¡Me la roban!... Y me dejan sola... Sola... ¡Abandonada!... ¡Dios mío!... ¡Qué va á ser de mí!... ¡y estoy ciega!... ¡Ah! (*Tropieza con un poyo y cae al propio tiempo que salen Pedro y la Zurda que la levantan.*)

PEDRO ¡Ah!... ¡Pobre muchacha!

LUISA ¡Virgen santa! ¡Qué va á ser de esta desventurada!

ZURDA ¡Está loca esta muchacha! ¿Qué os sucede? ¿Os habéis caído?

LUISA (*Agarrándose del vestido de la Zurda.*) ¡Ah, señora, no me abandonéis!... ¡Por piedad! No me abandonéis...

PEDRO Vamos, calmaos: ya no hay peligro alguno.

ZURDA Pero, hija mía, ¿dónde teníais la cabeza?

LUISA ¡Ah! Si yo creo que me vuelvo loca, señora, mi hermana estaba aquí, conmigo... y me la han robado.

PEDRO ¡Robado!

ZURDA ¿Y vuestros padres?

LUISA ¡Nuestros padres!... ¡Somos huérfanas!

PEDRO Pero tendréis amigos.. conocidos...

LUISA ¡Acabamos de llegar á París y no conocemos á nadie!

PEDRO ¿Y qué gentes eran las que han robado á vuestra hermana?

LUISA ¡Yo qué sé, pobre de mí!

ZURDA Por su traje habréis conocido...

LUISA ¡Pero si estoy ciega... señora!

PEDRO ¡Ciega!

ZURDA (¡Hola, hola, hola! Ciega... sin padres... sin parientes ni conocidos y joven y agraciada...) (Mirándola fijamente.)

PEDRO (¡Dios mío, qué bonita es!)

ZURDA ¡Zapatero, á tus zapatos! Anda, lárgate con tu muela y dejemos en paz... Yo cuidaré de ella.

PEDRO Sí, madre, hay que ayudarla á buscar...

ZURDA ¡Bueno! Yo me sé lo que debo hacer... anda... holgazán. (Pedro hace un movimiento de dolor.)

LUISA No me abandonéis, señora... (Buscándola.)

ZURDA No, hija mía, no... aquí estoy...

PEDRO ¡Ciega!... ¡Tan joven y tan bonita!... (Saliendo con tristeza.) ¡Tan bonita!... ¡Y qué te importa á tí, miserable criatura!

ZURDA Vamos, no hay que desconsolarse, hija mía; siempre habrá alguna buena persona que os ayude á buscar á vuestra hermana.

LUISA ¿Y á quién debo dirigirme?

ZURDA ¿Cómo á quién? A mí: á mí que soy una honrada madre de familia, que os ayudaré en vuestra empresa y os daré entre tanto un asilo en mi casa.

LUISA ¡Ah, señora! ¡Y qué buena sois en apiadaros de mí!... Pero la encontraremos... ¿no es cierto? ¿La encontraremos?

ZURDA ¡Oh! Sí, sí... con el tiempo... ¡Mucho tiempo! Venid, venid. ¡Ah! Os advierto que no os llevaré á ningún palacio.

LUISA ¡Ay, señora! Para mí todas las moradas son iguales.

ZURDA (¡Toma! Está claro. ¡Una ciega! No tenía necesidad de rebajar mi palacio.) ¡Vamos, hija mía, vamos!

LUISA En vuestras manos me entrego, señora.

ZURDA Y no podíais caer en otras mejores, yo os lo aseguro. (Creo que he dado con el gancho que me hacía falta. Me parece que he pescado un buen ganapán.) (Se la lleva.)

PEDRO ¡Es extraño! Pero se me figura que una voz interior me dice que ya no estoy sólo en el mundo. (Vase con la muela.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El pabellón de Buenavista

Un gran salón elegantemente dispuesto. En el centro una mesa ricamente servida. Candelabros y arañas encendidas. Ricos cortinajes en todas las puertas. Al levantarse el telón la escena aparece sola breves momentos, oyéndose la orquesta que toca un vals.—Luego entran por el foro el Marqués, León, Luciano y Convidados. Un lacayo sostiene el cortinaje y se deja ver el salón lleno de máscaras. En cuanto han entrado los personajes referidos, el lacayo deja caer la cortina. Sigue la música.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, LEÓN, LUCIANO, CONVIDADOS y LACAYOS

MARQ Y bien, señores. ¿Qué os parece el pabellón de Bellavista? ¿Está á la altura de su reputación?

LEÓN Amigo Marqués, estoy encantado de tantas maravillas. Esto es realizar un cuento de Offman con la cooperación de todos los tapiceros y artistas de París.

MARQ. Y esto es sólo para empezar.

LEÓN ¿Qué guardáis, pues, para el final?

MARQ. La cosa es muy sencilla. Al sonar la media noche, se apagarán las luces y sálvese el que pueda.

LEÓN Bravo, Marqués: eso se llama conservar las buenas tradiciones. ¡Y decir que hay gentes que pretenden cambiar todo eso!

MARQ. ¡Qué estúpidos! Vamos, tunantes, vengan dulces y vinos para esperar la hora del ambigú. (A los lacayos.)

LEÓN ¡Perfectamente! ¿Ya habrás notado, querido Marqués, la gran revolución que acaba de verificarse?

TODOS ¿Una revolución?

LEÓN En el peinado de las mujeres.

MARQ. ¡Bah! El peinado de las mujeres cambia todas las mañanas; el que no varía nunca, es el de los maridos.

TODOS ¡Já, já, já! (Los lacayos sirven el Champagne.)

LEÓN (Brindando de pie. Todos se levantan.) ¡A la salud de nuestro amable anfitrión! (Chocan las copas.)

MARQ. A la vuestra, mis buenos amigos.

LUC. ¿Y Eduardo? ¿Todavía no ha venido?

MARQ. Estoy aguardando á él y otra persona.

LEÓN Es verdad. Recuerdo que nos prometísteis el fin de tu aventura de la diligencia de Evreux.

MARQ Todo se andará, amigos míos. Ya sabéis que para el Marqués de Presles lo prometido es ley. (Ruido y voces dentro.)

ESCENA II

LOS MISMOS y PATRICIO

PAT. Repito que es preciso que yo hable con vuestro amo.

MARQ. ¿Qué es eso? Quién se toma la libertad...

PAT. Soy yo, señor Marqués: soy Patricio; el ayuda de cámara del caballero Eduardo Vaudrey.

LEÓN El criado de Eduardo.

PAT. Perdonad, señor Conde. El ayuda de cámara.

MARQ. Que pase. (Los lacayos le dejan el paso franco.) ¿Y qué tenemos de nuevo, señor ayuda de cámara?

PAT. Tan solo que mi señor me ha encargado que viniese á disculparle con el señor Marqués.

MARQ. ¡Cómo! ¿No vendrá, á pesar de su promesa?

PAT. ¡De eso os admirais! Pues qué, ¿no conoceis á mi amo? Es el caballero más extraño, más caprichoso y extravagante del mundo.

LEÓN No comprendo.

PAT. Pasa, como debe hacer todo buen caballero, las noches en alegres orgías y en locuras de toda especie; pero los días... ¡Ay, señor Marqués...

MARQ. ¿Pues qué hace tu señor durante los días?

PAT. Los consagra enteramente al trabajo. ¡Al trabajo!—Sí, señores, sí. Lee y escribe como un simple abogadillo...

MARQ. ¿Será posible?

PAT. ¡Y qué manera de portarse con todo el mundo! Con sus acreedores, por ejemplo.

MARQ. ¿Qué? ¿Qué hace con sus acreedores? ¿Les apalea sin duda?

PAT. ¡Cá! No señor. Todo lo contrario.. ¡Les paga!

MARQ. ¡Bah! ¿Tú quieres burlarte de nosotros?

PAT. ¡Les paga, señor, les paga! Y si fuese esto todo... vaya con Dios

MARQ. ¡Hay más todavía!

PAT. Se trata con los filósofos. Se roza con Diderot, Alambert y otros escritorzuelos de mala muerte, que yo mandaría á presidio para que se pudriesen á la sombra y no nos vinieran con innovaciones, y cuentos y...

LEÓN ¡Pobre Eduardo!

PAT. Gracias á esas deplorables relaciones, ha perdido completamente el sentimiento de su dignidad, hasta tal punto que... Mirad, sin ir más lejos; ayer, porque dí un batacazo por servirle con prontitud, me estrechó la mano, señor Marqués; sí señor, á mí; ¡á Patricio! ¡A su ayuda de cámara! Y me la estrechó como si yo hubiese sido un caballero de su clase. ¡Yo, su ayuda de cámara! Vergüenza me dió el verlo, y me hubiera echado á llorar si no hubiese temido que mis lágrimas desdijeran de mi dignidad de ayuda de cámara.

MARQ. ¿Pero, en fin, esta noche á qué diversión ha podido sacrificar nuestra fiesta?

ESCENA III

LOS MISMOS, EDUARDO

EDUAR. Vais á saberlo, amigos míos.
TODOS ¡Eduardo!
LEÓN Aquí está por fin.
MARQ. ¿Qué diablos estaba diciendo, Patricio, que no vendríais esta noche?
EDUAR. Es que en efecto, no debía venir.
PAT. (¡Y viene corriendo! ¡Cosas de mi amo!)
LEÓN ¿Y de dónde venís?
EDUAR. Del teatro del Recreo. Ya sabéis, señores, que Beaumarchais tenía que librar una gran batalla.
MARQ. ¡Ah, sí! A propósito de una especie de libelo que la policía había prohibido.
LEÓN «La loca jornada.» ¿No es cierto?
PAT. (Riendo.) ¡Oh, oh, oh!
EDUAR. ¡Hola! ¿Según veo, esto hace reir al incrédulo del señor Patricio?
PAT. Dispensad, amo mío; pero, me parece tan raro como si me dijesen que el mejor día el pueblo de París iba á derribar la Bastilla!
EDUAR ¡Quién sabe! (Se sienta y bebe.)
PAT. ¡Me gustaría verlo! Aquél día bajaría yo...
EDUAR. ¿Bajarías?... ¿A la calle?
PAT. No, señor; á la bodega, donde no pudieran encontrarme. (Vase.)

ESCENA IV

LOS MISMOS menos PATRICIO

MARQ. Francamente, amigo mío, sois para mí un enigma viviente. Tan pronto os portais á lo caballero.. como...
EDUAR. A lo plebeyo. Tenéis muchísima razón.
MARQ. Pero en fin, ¿qué es lo que os proponéis?
EDUAR. ¿Qué me propongo? No desperdiciar el tiempo que nos queda, y prepararme para el

porvenir que nos amenaza. Me divierto aun siempre que puedo, y trabajo para el día en que ya no pueda divertirme. Tenéis ojos para ver y oídos para escuchar. Fijad vuestra atención en esos sordos rumores; es el pueblo que se despierta. Ved esas frentes humilladas durante tantos años que se levantan audaces y altaneras... Esos ruidos extraños... esas masas que se agitan... Todo eso es la ola que crece y avanza, fatal, irresistible. Pues bien, si ha de arrollar nuestras tierras, nuestros castillos y privilegios, procuro de antemano disfrutar de todo cuanto me es dable, y más tarde prescindir de todos esos bienes para vivir holgadamente.

LEÓN Puede que tenga razón.

EDUAR. Pero mientras tanto, amigos, creedme; lo mejor es beber, cantar y embriagarse en toda suerte de placeres. Esto llevaremos adelantado.

MARQ. Perfectamente. Y después de nosotros el diluvio.

TODOS ¡Bravo, bravo! (Escanciándose Champagne y bebiendo)

ESCENA V

DICHOS y ROQUE

ROQUE ¡Señor!

MARQ. ¿Qué hay?

ROQUE Vuestras órdenes quedan cumplidas.

MARQ. ¡Magnífico! ¿Y la muchacha?

ROQUE Aquí la tenemos.

MARQ. Haced que entre. (Sale Roque.)

ESCENA VI

DICHOS menos ROQUE, que vuelve á su tiempo precediendo á ENRIQUETA

MARQ. Caballeros: os prometí el desenlace de la novela de la diligencia de Evreux. Mirad.

(Señala á Enriqueta, á la que traen en un sillón dos criados. Movimiento de curiosidad en los convidados, que se acercan á Enriqueta. Eduardo es el único que permanece muellamente reclinado en su sillón con una copa en la mano.)

LUC. ¡A ver, á ver!

LEÓN ¡La normanda!

EDUAR. (Volviendo la cabeza.) ¡Una muchacha! La pesca ha sido buena.

LEÓN ¡Toma! ¡Está desmayada!

EDUAR Apuesto á que tiene los ojos medio cerrados y á que se ríe entre sí de todos nosotros.

MARQ. ¿Qué tal? ¿Qué os parece?

LEÓN ¡Lindísima! ¡Pero no vuelve en sí!

ROQUE Algunas gotas de esa esencia en el pañuelo bastarán para que vuelva en sí.

MARQ. Muy bien... Estoy satisfecho. Toma, y anda. (Le da un bolsillo.)

ROQUE (Mirando el bolsillo.) Mil gracias, señor Marqués. (Vase.)

LEÓN ¿Qué dirá cuando recobre los sentidos?

EDUAR. Lo que dicen todas las mujeres cuando vuelven de un desmayo. ¿Dónde me encuentro? ¿Por qué me han traido aquí?... ¡Dios mío! ¡Madre de mi alma!... Vamos á ver. (El Marqués vierte esencia en un pañuelo y le hace aspirar á Enriqueta.)

LEÓN ¡Silencio!... ¡Ya abre los ojos! (Enriqueta se incorpora lentamente y mira con estupor cuanto la rodea. Después, con un movimiento brusco, se levanta y fija sucesivamamante sus espantados ojos en los personajes de la escena. Va del uno al otro, y hallándose en frente del Marqués, se detiene, se lleva las manos á las sienes, da un grito y retrocede llena de espanto.)

ENR ¡Estoy loca!... ¿Sueño yo acaso?... ¡Ah!...

EDUAR. ¡Es extraño! No es lo que habían dicho...

ENR. (Al Marqués con voz segura y pausada.) ¡Caballero! ¿Fué por orden vuestra que se apoderaron de mí, y es á vuestra casa á donde me han traído?

MARQ Es decir, que me hacéis la honra de conocerme En efecto, señorita... Yo fuí... quien...

ENR. ¡Ni una palabra, caballero! Quiero volver inmediatamente al sitio donde he sido sor-

prendida.. donde la infeliz me aguarda... donde me llama desesperada. ¡Decid que me acompañen, caballero; en seguida!... ¿Lo oís? ¡En seguida!

MARQ. ¡Oh! ¿Cómo es posible que os dejemos partir tan pronto?

ENR. Escuchadme, caballero: comprendo el odioso lazo que me habéis tendido; pero vos mismo no podéis imaginaros hasta qué punto es horrible la acción que habéis cometido. Un rapto, una tentativa de seducción, es criminal; tan criminal como cobarde; pero lo que habéis hecho es infame, es mil veces más infame. Me habéis separado de una pobre niña que no tiene más amparo que yo. La habéis arrebatado su guía, su sostén; y la infeliz es incapaz de dar un paseo sin mi apoyo... ¡porque está ciega!

TODOS ¡Ciega!

ENR. ¡Sí; la pobre está ciega; y se halla sola en este momento; sola en París, á donde llegamos por primera vez, y en donde ella no tiene á nadie, absolutamente á nadie! ¡Qué va á ser de la infeliz, errante, sin dinero, sin recursos, expuesta á todo género de peligros, loca de desesperación en su eterna noche, rodeada de inminentes escollos, al borde un río, en medio de cien carruajes que se cruzan sin cesar!... ¡Y ciega.. ciega!...

LEÓN ¡Pobre niña!

EDUAR. (¡Oh! ¡Esto es horrible!)

MARQ. Pues bien, tranquilizaos: daré mis órdenes para que vaya allá uno de mis criados... irán diez si es preciso... buscarán á esa niña y la conducirán aquí.

ENR. ¡A ella! ¡Aquí conmigo! ¡Es decir, dos deshonras á un tiempo! ¡Dos víctimas en vez de una! ¿Y esa es la sola respuesta que encontráis? ¿Y nadie levanta aquí la voz para defenderme? ¿Es que entre esos hombres de vida licenciosa y disipada no hay un solo caballero? (Eduardo rompe colérico la copa.)

MARQ. ¡Os equivocáis! ¡Todos somos cúmplidos caballeros, hermosa mía!

ENR. ¡Pues entonces, entre todos esos caballeros, no hay un solo hombre de honor! (Con desprecio.)

EDUAR. También os equivocáis, señorita. Aceptad mi brazo y salgamos de aquí.

ENR. (Con alegría.) ¡Ah, gracias, gracias, caballero. Vamos, vamos.

MARQ. (Cortándoles el paso.) Perdonad; estoy en mi casa, caballero, y no permito...

EDUAR. ¡Dejadnos libre el paso!

MARQ. ¡Estáis loco! Jamás consentiré. (Dan las doce de una torre.) ¿Oís?... ¡Las doce!... Nunca ha salido nadie de mi casa á las doce de la noche. (Varios máscaras van entrando.)

EDUAR. Pues seremos nosotros los primeros. ¡Paso, os digo!

MARQ. ¡Paréceme, caballero, que desde hace un instante, me habláis como á un lacayo!

EDUAR. Si un lacayo se portase como vos, no le hablaría, Marqués, sino que le cruzaría la cara con un látigo.

MARQ. Eso puede retardar vuestra salida, caballero.

EDUAR. Lo veremos.

MARQ. (Sacando la espada.) ¡Veámoslo, pues!

EDUAR. (Sacando la suya) ¡A ello voy!

TODOS ¡Marqués!... ¡Eduardo!... No consentiremos .. (Tratando de detenerlos.)

MARQ. Después de tal insulto, no caben más razones que las espadas. (Se ponen en guardia y se baten)

ENR. ¡Dios mío!... ¡Ten piedad de nosotras!... Protégenos, Virgen Santa!

MARQ. (Herido y jadeante.) ¡Ah!... (Todos acuden y le sostienen)

EDUAR. (A Enriqueta.) ¡Vamos, señorita... el paso está libre! (La coge por la mano y se la lleva.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El Intendente de Policía

Gabinete de despacho. Puerta al foro y otra á la izquierda. Mesa de despacho con escribanía y cargada de papeles: sillas y sillones

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, BELTRÁN, varios AGENTES de pie y en formación esperando órdenes

CONDE (El Conde sentado y firmando algunos documentos que toma Beltrán y va pasando á los Agentes.) Aguardad. Todavía os detendré por la mañana durante unos días. Nombrado ayer Intendente general de Policía, necesito ponerme al corriente de mi ministerio.

BELT. Estamos á las órdenes de monseñor.

CONDE (Levantándose.) Vigilad cuidadosamente los garitos y tabernas: dad caza á los mendigos y sobre todo á los ladrones.

BELT. Está bien, monseñor.

CONDE El Rey no quiere que se reproduzcan los escándalos del anterior reinado. Es necesario poner un término á los ataques nocturnos, á esos criminales raptos que llevan la vergüenza y la deshonra á las familias. (A Beltrán.) A propósito, me habéis entregado una denuncia de ese género, acerca de la cual

necesito pediros explicaciones. Vosotros podéis retiraros. (Todos los inspectores, excepto Beltrán, se retiran respetuosamente. El Conde coge un pliego, se sienta en la silla fuera de la mesa, y fijando la vista en Beltrán, dice:) ¿Cómo es posible que se apoderen de una muchacha, en un punto céntrico de París, á las ocho de la noche y sin que nadie lo estorbe?

BELT. Hay bribones tan audaces y tan listos, monseñor...

CONDE Entonces, nuestros agentes, ¿para qué sirven? Hace ya tres meses que se cometió ese rapto, y aun no se ha dado con los culpables.

BELT. Monseñor... eso es debido á ciertas circunstancias...

CONDE ¿Qué circunstancias? Hablad... hablad. ¿A quién pertenece el pabellón de Bella-vista?

BELT. Al Marqués de Presles.

CONDE ¡De Presles! ¡Una ilustre familia cuyo último vástago cifró su gloria tal vez en hacerse dar una estocada, disputándose una mujer perdida con algún otro calavera!... ¿Y qué fué de aquella mujer después del duelo?

BELT. Se la llevó el adversario del señor Marqués.

CONDE ¿El nombre del adversario? ¡Hablad con mil diablos! ¿Quién es?

BELT. El sobrino de monseñor.

CONDE ¡Eduardo! ¿Estáis seguro de que no os equivocáis?

BELT. Completamente seguro, monseñor. Conocemos á todos los caballeros que se hallaban aquélla noche en el pabellón de Bella-vista.

CONDE ¡Pues bien! Esos caballeros comprenderán muy pronto que no es posible tolerar por más tiempo semejantes saturnales que deshonran á la nobleza, y que en la época en que nos encontramos, no basta con llevar un buen nombre, sino que es necesario saberle llevar con dignidad. Por lo que toca á esas mujeres, por quienes nuestros hijos se arruinan, se envilecen y se matan, les daremos á escoger entre la Salpètrière y la Guyena, es decir, entre la reclusión y el destierro.

BELT. ¿Monseñor no querrá que este hecho sea consignado, como todos, en los archivos de la policía?...

CONDE ¿Pero esos archivos existen realmente?

BELT. Y tan completos como ordenados, monseseñor. No hay una sola familia en Francia que no tenga allí anotada toda su historia. Los dramas más misteriosos, los detalles más íntimos, todo está consignado. Monseñor no tiene que citarme más que un nombre, consulto el índice, y dentro de cinco minutos...

CONDE Está bien; y puesto que mi familia tiene también su registro... seguid anotando todo lo que le concierna.

BELT. ¡Cómo! Monseñor quiere...

CONDE He prometido al Rey reprimir prontamente todo abuso, y el magistrado, si rígido para todos, debe ser implacable con los suyos. Haced lo que os he dicho.

BELT. Obedezco, monseñor. (Saluda y se va al mismo tiempo que entra Patricio.)

ESCENA II

EL CONDE y PATRICIO

CONDE ¡Ah! ¿Tú por aquí, Patricio? Llegas á tiempo; tengo que hablarte de tu amo.

PAT. (Muy compungido.) ¡Ah, mi amo, mi amo!...

CONDE ¿Se porta muy bien el señorito Eduardo? (Irónicamente.)

PAT. Se porta de un modo escandaloso, monseñor.

CONDE ¡Sí; escandaloso!

PAT. Y como fué monseñor quien me puso al servicio de su sobrino, vengo á pedirle permiso para cambiar de amo.

CONDE ¡Cómo! ¿Quieres. .?

PAT. Sí, monseñor. El señorito Eduardo profesa principios que yo no puedo aceptar.

CONDE Está bien; vuelvo á tomarte á mi servicio.

PAT. ¿Al servicio del señor Conde? .. ¡Ah! ¡respi-

roi... ¡resucito!... Al fin recobro mi dignidad. (Exagerados transportes.)

CONDE Pero deseo tener á su lado por algún tiempo á una persona de confianza que le vigile y me dé cuenta de su conducta. Yo hubiera podido recurrir á los agentes de policía; pero este medio me repugna. Sobrado me han dicho ya referente á mi sobrino, y quiero servirme de tí para descubrir lo demás.

PAT. ¿Lo demás? ¿Monseñor sospecha acaso?...

CONDE Según esto, ignoras lo más grave.

PAT. Monseñor me hace estremecer.

CONDE No bastaba con pasar las noches en el juego...

PAT. ¿Qué oigo?

CONDE En escenas íntimas...

PAT. ¿Qué escucho?

CONDE En esas orgías que te...

PAT. ¡Que me!... ¿á mí?... ¿pero?...

CONDE Sabe, que después de un duelo...

PAT. ¡Un duelo!... ¿Tuvo un duelo?

CONDE Sí, un duelo, no sé por qué mujer.

PAT. (Alegre.) ¿Por una mujer?... ¿Se batió por una?... ¡Ah, tunante!

CONDE Se batió con el Marqués de Presles á quien hirió gravemente.

PAT. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Magnífico!

CONDE ¡Cómo!

PAT. ¡Oh! ¡Es que el señorito Eduardo es un espadachín de primera!

CONDE Y no es esto todo.

PAT. (Restregándose las manos.) ¡Qué! ¿Todavía hay más?

CONDE De esa mujer que quitó al Marqués, la hizo su querida.

PAT. ¡Su querida! (Distraído.) Tenemos una... (Conteniéndose.) ¿El señorito tiene una querida? ¡Ah! Pero vamos á ver; recapacitemos un poco, que el caso lo reclama. Un duelo... una querida... un piso... porque habiendo querida, habrá piso, por supuesto. ¡Y yo que quería dejarle!

CONDE No, no; todavía no. Necesito que permanezcas á su lado.

PAT. (Alegre.) Permaneceré. Vaya si permaneceré. ¡Voto á San Cucufate! Con él me quedo per *in sécula seculorum.*

CONDE Averiguarás dónde la oculta.

PAT. Lo averiguaremos, monseñor. ¡Vaya si lo averiguaremos!... Confiad en mí. Ya me parece que la veo... joven... hermosa... con cierto aire de... de insolencia, no me disgusta á mí eso.

CONDE (Viendo aparecer á la Condesa.) Anda, y no te olvides de mis instrucciones.

PAT. Estoy á las órdenes del señor Conde. Una querida... un duelo... el Marqués herido... Por San Cucufate... es más de lo que se desea. (Saluda á la Condesa haciéndole una gran reverencia y se va.)

ESCENA III

EL CONDE y LA CONDESA

COND.ª Conde, me han dicho que deseábais hablarme.

CONDE Iba á vuestra habitación, Condesa, para suplicaros me ayudáseis á decidir á vuestro sobrino Eduardo, á que acepte esa boda que el rey...

COND.ª (Tristemente.) ¡Que el Rey quiere imponerle!

CONDE ¡Imponerle!... ¡Un matrimonio tan ventajoso!... que colma el alto favor conque S. M. me honra.

COND.ª Sí; un alto favor, en efecto: ya sois intendente de policía, mañana seréis embajador... después, ministro, sin duda.

CONDE El Rey me lo ha hecho esperar.

COND.ª ¿Y esto os hará feliz?

CONDE (Con sarcasmo.) Completamente feliz, Condesa.

COND.ª ¿De modo que vos que llevábais una dulce y sosegada vida en nuestro histórico castillo del Delfinado; lejos de la agitación de las ciudades, lejos de las intrigas de la Corte,

os habéis aficionado de pronto á las grandezas del poder? (Mirándole fijamente.) ¿Os habéis vuelto ambicioso?

CONDE — Muy ambicioso.

COND.ª — (Tristemente y cogiéndole la mano.) No, Conde, no; no puedo creeros.

CONDE — ¡Cómo! ¿Qué queréis decir?

COND.ª — Digo que es por mí, por mí sóla que habéis aceptado esos elevados puestos.

CONDE — Vamos, habéis leído otra vez en mi corazón. Pues bien, sí; pensé que la vida activa en que iba á entrar sería para vos, mi querida Diana, un motivo de feliz distracción, pensé que el movimiento de la Corte sería más eficaz que la monotonía del campo; y que París, acabaría quizás con esa profunda tristeza que me aflige, que me desespera... que tanto tiempo he combatido y que nada ha podido vencer.—Diana: ¡qué pasión tan noble y tan grande es la ambición!... ¡Qué precioso privilegio es el poder! Consolar á los que lloran, socorrer la miseria, no ya con modestos ahorros, sino á manos llenas, con el oro del Estado, y poder decir á cada infeliz: «¡Toma y no llores más!» Diana, ¿nada dice todo eso á vuestra alma?

COND.ª — ¡Es verdad, no había caído en ello! ¡Si es un poder el vuestro que casi no tiene límites! Un poder ante el cual se abren todas las puertas... que está en todos los secretos... que puede interrogar, inquirir y reconocerlo todo, desde las boardillas donde se oculta la miseria, hasta las cuevas donde se guarece el crimen. Un poder que conseguiría quizás lo que ningún otro, que llegaría á encontrar en fin...

CONDE — (Con asombro.) ¡A encontrar!... ¿A quién?

COND.ª — (Reponiéndose.) Vos lo habéis dicho... á los que sufren .. á los que lloran...

ESCENA IV

DICHOS, un LACAYO, EDUARDO

LACAYO El caballero de Vaudrey.

CONDE Me alegro de veros, Eduardo; la Condesa y yo tenemos que comunicaros un importante asunto.

EDUAR. Entonces no podía llegar en mejor ocasión.

CONDE Ayer fuí á Versalles, á dar las gracias á S. M. por mi nuevo cargo; y el rey se dignó hablarme de tí.

EDUAR. ¿De mí?

CONDE Se interesa mucho por tu porvenir. Quiere conferirte un cargo importante... y quiere... casarte.

EDUAR. ¡Casarme!

COND.ª Es natural que esta noticia te sorprenda y hasta te cause cierto temor; porque por desgracia sucede, con mucha frecuencia, que en esta suerte de enlaces lo único que no se consulta es el corazón; pero afortunadamente el tuyo no tendrá que sufrir violencia alguna. La mujer que el rey te ha elegido, podrá colmar tus deseos, no tanto por su considerable fortuna, como por su juventud y belleza.

CONDE Y para convencerte de ello, bastará que te nombre á la señorita de...

EDUAR. (Vivamente.) ¡Tío! No pronuncieis su nombre. Que yo no sepa quién es ella.

CONDE ¿Por qué?... Se trata de una persona...

EDUAR. Que me honraría muchísimo, sin duda, concediéndome su mano: pero ved que yo no rechazo la persona sino el matrimonio.

CONDE ¿Le rechazas?

EDUAR. Terminantemente, señor Conde.

CONDE Antes de negarte con esa energía, créeme, Eduardo, reflexiónalo bien. Comprendo que hay que hacerse cargo de la juventud, del entusiasmo; que conviene cerrar los ojos ante ciertos extravíos siempre que no duren

demasiado... Ese matrimonio es una distinción que S. M. quiere hacernos, y cuando el rey ha hablado...

EDUAR. Iré á dar las gracias á S. M. por su benevolencia, iré á poner á sus órdenes mi persona, mi lealtad y mi vida; pero os lo repito, quiero permanecer libre.

CONDE ¡Libre! Libre para seguir una vida desordenada que no siempre ocultas á los ojos de quien puede corregirla.

EDUAR. Nada hay en mi vida que yo pretenda ocultar, ni que deba avergonzarme.

CONDE (Con severidad.) ¿Estás seguro de ello?

EDUAR. ¡Señor Conde!

COND.ª (Levantándose suplicante.) ¡Eduardo!... (Volviendo la vista hacia el Conde.) Conde, por favor, permitidme...

CONDE Sea.—Más tarde volveremos á hablar de esa cuestión; no quiero desconfiar aún de tu buen juicio, de tu obediencia; pero no olvides que soy el jefe de la familia, que á mí me toca velar por su honor y no consentiré que nadie empañe su brillo. (Eduardo va á contestar. La Condesa le coge la mano. Eduardo la observa y se detiene.) Te dejo con tu tía; conozco tu afecto, tu respeto para con ella. Sus consejos tendrán quizá más eficacia que mis palabras.—Reflexiónalo bien. (Vase.)

ESCENA V

EDUARDO, la CONDESA

(Así que el Conde ha desaparecido coge la Condesa de la mano á Eduardo y le dice vivamente:)

COND.ª Eduardo, tú amas á una mujer. ¿Qué obstáculo te separa de ella? ¿Por qué no has pedido su mano antes de que el rey concibiera la idea de casarte? Si únicamente le faltaba fortuna, yo tengo la mía y se la hubiera dado.

EDUAR. ¡Oh! ¿Qué corazón es comparable al vuestro? Sí: amo á una joven, la más encantadora, la más pura y honrada del mundo. La amo con toda el alma, y no he tenido valor para decírselo.

COND.ª ¿Tiene un nombre? ¿Una familia?

EDUAR. Ha nacido entre el pueblo, es huérfana, y vive de su trabajo.

COND.ª ¿Y es á ella á quien quieres dar tu mano?

EDUAR. ¡Oh! ¡No la juzgueis sin conocerla! Si os dignáseis ver á esa criatura, estoy seguro que me diríais...

COND.ª Te diría que semejante amor, no puede ser más que una fuente de disgustos y lágrimas, para ella y para tí, y que es preciso renunciar á él. Te diría que debes obediencia al rey y á tu familia. .

EDUAR (Con energía.) ¡Eso me diríais... vos... que habeis sufrido tanto...! ¿Vos que habeis sido víctima de esa obediencia que me ordenais y que os ha destrozado el corazón?

COND.ª (Dando un grito.) ¡Oh! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién te ha revelado ese secreto... ese dolor que ha tantos años me tortura? (Llora. Eduardo cogiéndola de una mano.)

EDUAR. No había en el mundo más que un alma bastante tierna y noble para apreciar y comprender la vuestra; el alma de mi buena madre, el alma de vuestra hermana que nos mira desde el cielo. En el momento de separarse de nosotros para siempre, me exigió el juramento de consagrarme á vos, de protejeros si la desgracia os perseguía... y lo juré.

COND.ª ¿Y te lo confió todo? ¿Mis sufrimientos, mi desesperación? ¡Ah! ahora comprendo tus miradas inquietas cuando la tristeza abatía mi frente, cuando el llanto brotaba de mis ojos. Decías bien ha un instante: fué el deber, la obediencia quien destrozó mi corazón.—En el ardimiento del amor y la juventud, cometí una falta. El hombre á quien amé, murió casi ante mis ojos vilmente asesinado... Era preciso que mi hija desapare-

ciese, lo exigía el honor de la familia!... porque mi mano estaba prometida al Conde de Liniers.—¡Era preciso engañar á un hombre honrado! Condenar mi vida á un eterno remordimiento, ó sacrificar la vida de mi hija, y yo... yo incliné mi cabeza bajo la inflexible voluntad de mi padre! Confiaba en que el cielo tendría piedad de la pobre niña. Al deslizar en su cuna el poco dinero que yo tenía y algunas palabras para los que la amparasen, decía para mí: ¡algún día la volveré á ver! ¡Pero, ay! los días y los años han transcurrido y todas mis oraciones han sido infructuosas; mis investigaciones han sido inútiles.

EDUAR ¡Oh! sí. ¡Fueron muy crueles con vos!

COND.ª Tan crueles, que á veces me pregunto si no hubiera valido más decirles:¡ Pues bien, matadla! Sí; mejor hubiera sido matarla. ¡Yo hubiera muerto también, y me habría ahorrado este suplicio de quince años!

EDUAR. ¿Y vos que tanto habeis sufrido, vos que tanto habeis llorado, me direis también que obedezca? ¿Me aconsejareis que encadene mi vida á la de una mujer, teniendo el corazón abrasado en el amor de otra? ¿Me lo aconsejareis también?

COND.ª (Con energía.) No, no. ¡Mi marido! (Viendo entrar al Conde, continúa con voz entrecortada y febril.) Conde; es necesario compadecerse de él. No le encadeneis contra la voz de su conciencia y la repugnancia de su corazón. No imiteis á esos padres obcecados, cuyo inflexible orgullo condena á sus hijos á la mentira y la desesperación.

EDUAR. (Cogiéndola la mano y hablándola en voz muy baja.) (¡Ved que os estais vendiendo!) (La Condesa se sobrepone y permanece aterrada delante de su marido.)

CONDE ¿De qué orgullo, de qué mentira, de qué desesperación hablais, Condesa?

COND.ª Yo... decía... que...

CONDE ¡Hablad!

EDUAR. La Condesa os repetía lo que acaba de oir de mi boca, y la repulsión de mi alma con-

tra ese matrimonio; es decir contra ese largo suplicio que pretendeis imponerme.

CONDE (Con frialdad.) ¡Ah! ¿Es eso, esposa mía, lo que significaban vuestras palabras?

COND.ª Sí... pero estoy tan conmovida... tan turbada... que... ya lo véis, Conde, apenas me sostengo.

CONDE En efecto. Eduardo, acompañad á la Condesa hasta su cuarto, y volved en seguida; necesito hablaros. (Eduardo se inclina y ofrece la mano á su tía. El Conde, después de haberlos seguido con la vista, va á su escritorio, escribe, toca una campanilla y aparece un Ugier.) Tomad; esto... al archivero. Traedme lo que se os entregará. (Aparece Eduardo. El Ugier se aleja á la orden dada por el Conde.)

ESCENA IV

CONDE, EDUARDO, luego UN UGIER

CONDE Habrás comprendido que sentimientos de respeto, de cariño y de dignidad, me han hecho aceptar hace un momento la explicación de la Condesa.

EDUAR. ¡Caballero!

CONDE ¿Habrás comprendido también que aquella explicación no podía convencerme?

EDUAR ¡Cómo! ¿Pensáis?

CONDE Pienso que no era por tí por quien lloraba la Condesa. No, no se trataba de tí ni de tus secretos, si no de los suyos y de su vida pasada... de ese misterio que pesa sobre el alma de la Condesa, sobre su conciencia tal vez y que causa el suplicio eterno de mi vida! Habla, Eduardo, habla. ¿Qué te decía la Condesa? Quiero saberlo todo.

EDUAR. Señor Conde...

CONDE Te lo suplico... te lo mando.

EDUAR. Nada sé, señor Conde, nada tengo que deciros.

CONDE Sea.—Olvida el recuerdo de mi cariño, de

mis cuidados, de mis beneficios. Dos veces en un sólo día, te has resistido á mis órdenes... digo mal; á mis ruegos, mas no por eso dejaré de conocer ese misterio que te niegas á revelarme.

EDUAR. Ignoro á qué misterio os referís.

CONDE ¿Sí? (Viendo entrar al Ugier con un libro en folio que el Conde indica deje sobre la mesa. El Ugier se retira.) Pues vas á saberlo conmigo.

EDUAR. (¡Qué quiere decir!)

CONDE (Hojeando el libro.) Hay aquí en estos archivos de la Policía, los secretos de todas las familias, desde las más obscuras, hasta las más nobles. El nos revelará el secreto de Diana... Condesa de Liniers. (Sigue hojeando el libro.)

EDUAR. (¡Oh! ¡eso sería horrible!... ¡sería odioso!)

CONDE (Sentado en el sillón y leyendo.) Sí, sí; esto es... «Casa de Vaudrey... ¡Ah! Diana, hija del Conde Francisco.»

EDUAR. (Precipitándose y colocando la mano sobre el libro.) ¡Señor Conde!.. No leeréis esta página.

CONDE (Incorporándose.) ¿Qué dices?

EDUAR. ¡Lo que váis á hacer es indigno de vos, indigno de un caballero!... ¡Eso es violar el secreto de un alma!... Eso es como si violaséis el secreto de la confesión y no lo haréis.

CONDE ¿Quién me lo impedirá?

EDUAR. El honor que se subleva contra esa traición. Y si el honor no habla bastante alto, si no tiene bastante fuerza para deteneros, os detendré yo, señor Conde.

CONDE ¡Tú! ¿Y cómo?

EDUAR. Así. (Eduardo arranca con violencia la página que estruja y coloca sobre su pecho.)

CONDE ¡Desdichado!

EDUAR. Os advierto, señor Conde, que para arrancarme este papel, será preciso que me arranquéis antes la vida. (Pausa.—Asiéndole de la mano y en voz muy baja.) Tened en cuenta que no solo defiendo contra vos el secreto de la Condesa, sino que defiendo también vuestra dignidad y vuestro honor.

CONDE ¡Está bien!... Me has llamado á mi deber... te doy las gracias por ello. No seré olvidadi-

zo ni ingrato... y á mi vez, y muy pronto te obligaré á cumplir con el tuyo. (Quedan mirándosé breves momentos. El Conde hace seña á Eduardo de que se retire. Eduardo saluda y vase. El Conde se deja caer en un sillón y baja el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La pobre ciega

La plaza de San Sulpicio. A la derecha el pórtico de la iglesia. Efecto de nieve. Algunos transeuntes envueltos en sus capas y abrigos se cruzan en la plaza y calles adyacentes. Dos sillas de mano están estacionadas delante de la puerta. Algunos mendigos viejos y niños aguardan en las gradas temblando de frío.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, después JAIME

PEDRO — Son ya cerca de las doce; no tardarán en venir. (Aparece Jaime en el fondo.) Aguardaré. ¡Ah! Allí está Jaime; no podía faltar.

JAIME — ¿Aún no han venido las mujeres?

PEDRO — Aún no... Madre y Luisa estarán ocupadas en otra parte.

JAIME — Aquí es donde debían estar; es la hora de la misa mayor y el momento de hacer buena pesca.

PEDRO — A la primera campanada estarán aquí las dos.

JAIME — Que hagan falta y verán si no la que se les espera; ¡cojitranco!

PEDRO — (Suplicando.) Jaime...

JAIME — ¿Qué hay?

PEDRO Tengo que pedirte un favor.

JAIME Si es cosa de dinero, es inútil que me lo pidas porque no tengo un cuarto.

PEDRO No se trata de dinero.

JAIME (Colérico.) ¿Pues de qué se trata?... Acabemos.

PEDRO Cuando Luisa está aquí y tú te enfadas, insúltame, pégame si quieres, pero no me llames raquítico ni cojitranco.

JAIME ¡Cómo! ¿Qué? ¡Ah! Vamos. Hay que hablar al señorito con respeto... ¿Quieres que te dé tratamiento?

PEDRO (Suplicando.) Jaime...

JAIME ¡Pero hombre! ¡Examina tu arquitectura!

PEDRO Bien sabes que si soy contrahecho, es porque siendo yo pequeño me rompiste esta pierna.

JAIME ¡Mientes como un bellaco!

PEDRO No, no miento. Me la rompiste porque no quise robar un vestido en una tienda.

JAIME Y yo te repito que mientes. Era una capa.

PEDRO Sea como sea, siempre te ha gustado hacer robar á los demás. Después de mí le tocó el turno á la pobre Mariana.

JAIME (Furioso y amenazándole.) ¡Mariana! Te prohibo que me hables de ella. Fué una ingrata que prefirió hacerse meter en chirona á vivir conmigo.

PEDRO Porque quería ser mujer de bien.

JAIME ¡Y se educa con las virtuosas detenidas de la casa de corrección!... ¡En el colegio de la Policía! ¡Es una mujer sin entrañas!... En fin, no me faltarán otras más bonitas y más listas. Y tú, pues no quieres que te llame cojitranco, te llamaré Cupido. ¿Estás contento, hermoso? (Tomándole la cara.)

PEDRO (Con desaliento.) ¡Haz lo que quieras!

JAIME Pero... ¡ahora caigo! Es delante de Luisa que no quieres te llame así... ¿Es que por ventura?... ¡Já, já, já! ¡Tendría gracia! (Riéndose.)

PEDRO ¿Qué dices?

JAIME Pues mira, no está mal pensado... una ciega... como para ella no hay hombres gua-

pos ni hombres feos... ¡Ah!... ¡Con que estás enamorado de nuestra cieguecita, Cupido!

PEDRO ¡Yo!... ¡Vaya una idea!

JAIME Entonces, ¿por qué quieres que te cambie el bautismo?

PEDRO Porque deseo que haya en el mundo siquiera una persona que no me considere como un objeto repulsivo. ¿Quién sabe si creyéndome igual á todo el mundo me concederá un poco de amistad?... Pero estar enamorado de ella! De ella tan bonita, tan graciosa, tan buena... que parece un ángel.

JAIME ¿Dónde diablos has descubierto todo eso? Verdad es que hasta aquí poco la he mirado, muy poco; me he fijado solamente en que sus dos candiles están apagados, lo que hace que la gente se apiade de ella y que recoja buenos monises.

PEDRO Sí, está ciega; pero tiene una voz que va al alma... un aspecto tan resignado, ¡tan tierno!... Y unos ojos tan grandes y tan hermosos, que parece que le miran á uno... ¡De tal modo que á veces me da miedo!... y me pongo á temblar á la idea de que me ve.

JAIME ¿Pero qué se te importa á tí si no estás enamorado de ella?

PEDRO ¡Enamorado!... ¡Dale con la manía!.. ¡Un infeliz como yo!... ¿Quieres callar?... ¡Ni que estuviese loco!

JAIME Vaya, pues, ya no te llamaré más cojitranco. Serás Cupido ó hermoso... ¿Te gusta así?

PEDRO (Con violencia.) No; y no lo quiero.

JAIME Pues será Cupido y nada más. Y se acabó, ¡estamos!... Aquí no hay más voluntad que la mía, y da gracias al diablo que no te sacuda el pellejo.

PEDRO ¡Jaime!...

JAIME ¡Qué!

PEDRO Eres fuerte, robusto, alto... pero cuando veo el uso que haces de tu fuerza y valor prefiero cien veces mi debilidad. (Jaime se encoge de hombros.)

JAIME ¡Ah! Ahí vienen las dos.

ESCENA II

DICHOS, LUISA, LA ZURDA, Transeuntes. Pueblo de ambos sexos. Después el DOCTOR, la CONDESA y LACAYOS. Luisa va cubierta de harapos, su rostro está pálido, flaco; anda con paso jadeante; llega cantando con voz alterada por el dolor y con lágrimas en los ojos. Varios curiosos hacen corro y la escuchan; alguno de ellos le da una limosna. Los curiosos, en cuanto ha acabado de cantar, se retiran por diferentes direcciones

LUISA «De la pobre ciega
tengan piedad.
Almas generosas,
una caridad.»

—

«De las buenas gentes
va la ciega en pos.
Una limosnita
por amor de Dios.»

JAIME Es verdad que tiene una voz que conmueve el corazón.

ZURDA ¡Para una pobre ciega, caballeros!

PEDRO (Clavándose las uñas en el pecho.) ¡Ah! ¡Cómo sufre la infeliz!

JAIME ¡Ea! ¡Cupido, no te enternezcas!...

ZURDA (Volviendo al lado de Luisa.) ¡Poco se pesca! Esos perros... son buenos para oir cantar; pero en cuanto uno pasa el platillo, ¡que si quieres!, no queda un alma en el corro.

JAIME Cuando salgan de la iglesia irá mejor la pesca.

ZURDA Volveremos dentro de un rato. Vamos, andando. (Cogiendo á Luisa por el brazo.)

LUISA Estoy muy cansada.

ZURDA Ya descansarás por la noche.

LUISA ¡Las piernas me flaquean! ¡Hemos andado tanto hoy!

ZURDA ¡Pues hija! Eso es precisamente lo que siempre me pides, andar mucho para ver si encuentras á tu hermana y para que te oiga y te vea.

LUISA Sí; pero nunca salimos de este barrio.

ZURDA ¡Bah! Manías tuyas... ¿Cómo puedes saberlo si no ves ni pizca?

LUISA Lo sé, señora, lo sé; y al recogerme me prometísteis...

ZURDA Te prometí ayudarte á buscar á tu hermana... pero yo no tenía rentas, ni fincas y por eso mientras buscas quiero que cantes... Hay que ganar el pan que se come.

LUISA (Llorando.) Pues bien, señora, ya véis que canto...

ZURDA Sí un oficio de difuntos.

LUISA (Llorando.) Os aseguro que canto tan alegremente como puedo. ¿Pero qué culpa tengo yo, si?... cuando pienso en lo que soy... en lo que hago... (Prorrumpe en sollozos.) ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!

PEDRO (Queriendo correr hacia ella.) ¡Luisa!

JAIME (Deteniéndole.) ¡Eh! ¡Quieto! ¿Qué quieres tú?

PEDRO (No puedo verla llorar sin que se me oprima el corazón!)

JAIME Pues á la verdad que está bonita... cuando llora.

ZURDA ¡Ea! Basta ya de palique. Vamos, andando.

LUISA ¡Sí, señora, sí!

ZURDA No te seques los ojos. Conviene que las gentes vean lágrimas verdaderas. (Llevándose á Luisa y pidiéndole á un hombre que pasa, el cual se detiene y le da una limosna.) ¡Caballero, una limosnita para esta pobre ciega!—¿Qué tal? ¿No lo decía yo? Ya cayó un pez. (Se van. Óyense las campanas que tocan á misa. Entra gente de todas clases y condiciones en la iglesia. Pedro y Jaime desaparecen por el foro derecha. Llega por el lado opuesto la silla de manos de la Condesa, precedida de un lacayo que lleva una silla de tijera. El Doctor por la derecha. Al ver la silla se detiene y ofrece la mano á la Condesa.)

DOC. ¿Eh? Yo conozco esa librea... sí... es la de la Condesa de Liniers.

COND.ª ¡Ah, Doctor! ¡Cuánto me alegro de veros!

DOC. ¿Porque suponéis que eso os dispensará de mi visita?...

COND. Siempre me complace vuestra compañía. Como amigo os respeto.

DOC. Sí; pero como médico no me hacéis caso. Sin embargo, estáis enferma, señora Condesa.

COND. No, no creáis...

DOC. Y vuestra enfermedad no es reciente. Hace años que os consume, que os mata.

COND. Os equivocáis, Doctor; os aseguro...

DOC. Pues bien, sí, lo pasáis divinamente, señora Condesa... y es la salud quien imprime en vuestro semblante esa expresión de tristeza y da ese brillo febril á vuestros ojos.

COND. (Con alegría forzada.) No sé en qué os fundáis para decir todo eso... Si estoy enferma de tanta gravedad, ¿por qué no me curáis, Doctor?

DOC. ¿Quereis que os hable con sinceridad?

COND. Por supuesto.

DOC. Pues la que está enferma es vuestra alma.

COND. (Conmovida.) ¿Mi alma?

DOC. ¿Queréis curar realmente?

COND. (Con viveza.) ¿Si quiero curar?

DOC. Dirigíos al médico de las almas. (Indicando la iglesia.) Dios entiende el mal que os aflije más que yo y más que todos mis colegas. (La Condesa conmovida le estrecha la mano; quiere hablar y se detiene, vuelve los ojos hacia la puerta de la iglesia, á donde se dirige lentamente. El Doctor, después que ella ha desaparecido, dice:) Lástima que su excelente corazón se halle minado por el sufrimiento. ¡He aquí una noble mujer á quien matará el dolor! (Mirando su reloj de bolsillo.) Ya es hora de irme al Hospital y en seguida á la casa de corrección.

ZURDA (Acercándose llevando á Luisa de la mano.) Caballero, una limosnita...

DOC. Dios os ampare, hermana.

ZURDA Para una pobre ciega, caballero.

DOC. Una ciega... ¿Quién es? ¿Esa niña?

ZURDA ¡Ay! Sí, señor.

DOC. ¿A su edad? ¡Pobre muchacha!

ZURDA ¡Ay, sí, señor! Es mucha pena para su pobre familia.

DOC. Dejadme ver sus ojos.
ZURDA (Con dureza.) ¿Para qué?
DOC. Venid aquí un momento, hija mía.
ZURDA Es inútil. No tiene remedio.
DOC. ¿Quién os ha dicho tal cosa?
ZURDA ¿Quién? Todo el mundo lo dice.
DOC. A ver, hijita, á ver. (La examina de cerca.) Yo soy médico.
LUISA (Con alegría.) ¡Médico!
ZURDA ¡Un médico!... (¿Quién le manda meterse en lo que no le importa?)
DOC. ¿No sois ciega de nacimiento?
LUISA No señor, tenía catorce años cuando me sobrevino esta desgracia.
DOC. ¡Catorce años!... ¿Y después no os han aplicado ningún remedio?
LUISA (Vivamente.) Después...
ZURDA (Interrumpiéndola.) Somos tan pobres, señor Doctor, que no ha sido posible...
LUISA ¡Ah! Caballero, por Dios, hablad, decid. ¿Hay acaso esperanza?... ¡Si supiéseis de qué horrible desgracia me sacaríais!
ZURDA ¡Oh! ¡Ya la creo, ciega! ¿Dónde hay mayor desgracia? Mientras que si viese, podría trabajar en vez de pedir limosna. ¿Verdad, hija mía?
LUISA (Temblando.) Sí, sí; trabajaría... y...
DOC. Tranquilizaos; y vos... escuchad. (La coge aparte.)
ZURDA Aquí me tenéis, generoso Doctor. (Tendiéndole la mano como para pedir limosna.)
DOC. (Bajo.) Es necesario prepararla con prudencia, no decirla de golpe lo que espero.
ZURDA ¿Lo que esperáis?
DOC. Se exaltaría demasiado y la sangre afluiría al cerebro y á los ojos.
ZURDA Bueno, bueno. Haremos que no *fluya*.
DOC. Pero á vos puedo deciros que la operación puede tener buen resultado.
ZURDA ¿De veras?
LUISA (¿Qué le estará diciendo?)
ZURDA Conque de veras esperáis...
DOC. ¡Silencio! Llevádmela al Hospital de San Luis.

ZURDA ¡Ah! Conozco perfectamente ese Hospital... he estado más de dos veces en él...

DOC. En efecto. Creo haberos visto en mi visita... vos sois, si mal no recuerdo, la viuda...

ZURDA La viuda del ajusticiado... decidlo de una vez.

DOC. La viuda Frochard. Pero no sabía que tuviéseis hija alguna.

ZURDA Me la mandaron de provincia, donde sufría mucha miseria; la recogí por piedad, para aliviar sus penas.

DOC. (¡Aliviar sus penas!) Dentro de un rato, cuando se haya calmado un poco, decidla, por grados, una parte de mis esperanzas... y más tarde...

ZURDA Corriente... por grados... no tengáis cuidado.

DOC. (Da á Luisa una moneda y se va) Tomad, hija mía, tomad. ¡Animo, ya os volveré á ver, ánimo!

ZURDA (Siguiéndole.) Que Dios os bendiga, generoso Doctor, y os conserve la vida y la salud. (Retrocede hasta Luisa.)

LUISA (Con ansiedad.) ¿Qué os decía cuando os ha llamado aparte?

ZURDA Me decía que es inútil que vayamos á verle, porque tu dolencia no tiene cura.

LUISA ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

ZURDA (Volviendo el rostro hacia el lado por donde se fué el Doctor.) (Si has de esperar á que yo te la lleve... Es preciso que no la vuelva á ver...) Ven, hija mía, ven; para que veas cuanto quiero complacerte... dices que siempre andamos por las mismas calles... pues desde hoy cambiaremos de barrio.

LUISA ¡Oh, gracias, gracias! (Al menos me queda la esperanza de encontrar á Enriqueta.)

ESCENA III

DICHAS. JAIME, despues PEDRO

JAIME ¡Hola! ¿Cómo va la pesca?

ZURDA ¡Toma! A propósito. ¿Qué te ha dado el médico?

LUISA (Tendiéndole la moneda.) Aquí está. (La Zurda alarga la mano para tomarla, pero Jaime se interpone y la coge antes.)

JAIME ¡Un escudo!... Esos tunantes de médicos, ¿cómo no han de desollar á los enfermos para poder dar tanto de una vez?

ZURDA ¡Eh, eh! ¿Y yo?

JAIME ¿Vos? ¡Bah! Hace mucho frío y os pago un cuartillo de aguardiente.

ZURDA ¡Con mi dinero, trapalón! Anda, prenda. Luisa, cuando salgan de misa es preciso cantar recio y fuera pereza. Yo estoy ahí enfrente; pero cuenta conque observo.

LUISA Está bien, señora.

ZURDA ¡Pedro!—¡Demonio de cojo!—¡Pedro! ¿Dónde está? ¡Eh! Tú. (A Pedro.) Hazla sentar en las gradas de la iglesia.

PEDRO Está bien. (Se acerca á Luisa.)

JAIME (Alejándole.) Quieto tú, Cupido. (Pedro palidece.) Ya la acompañaré yo.—Pues es verdad que para ciega... (Coge á Luisa de la mano y la hace que se siente.)

ZURDA Quédate aquí tú, y cuidado que nadie hable con ella.

PEDRO Perded cuidado, madre.

JAIME (Con ironía.) No hay peligro que se la deje robar. (Mirando á Luisa.) Pues señor, tiene razón Pedro, que es muy linda.

ZURDA ¿Vamos, lobo mío?

JAIME Andando, vieja. (Vanse. Pausa. Empieza á nevar de nuevo. Se oye el órgano de la iglesia, pero de manera que no interrumpa la escena. Luisa, después de haberse pasado varias veces la mano por la espalda, exclama:)

ESCENA IV

PEDRO y LUISA

LUISA ¡Tengo frío!... (*Pedro hace un gesto de compasión, se quita la chaqueta, y con ella abriga las espaldas á Luisa.*) ¡Tengo mucho frío!... ¡Ah! ¿Sois vos, Pedro?

PEDRO Sí, Luisa, aquí estoy.

LUISA Tan pronto como he notado que se compadecían de mí, vuestro nombre ha acudido á mis labios. (*Tocando la chaqueta.*) Pero... esta prenda es de vuestro vestido. ¿Y vos... Pedro?

PEDRO ¡Yo... yo llevo... mi lemosina, mi chaqueta interior... y vaya... que hasta tengo calor. (*Está tiritando.*)

LUISA A no ser por vos, Pedro, creo que ya me habría muerto.

PEDRO ¡Muerto!.

LUISA Me hubieran faltado las fuerzas para soportar la vida que llevo.

PEDRO Sí: os hacen sufrir mucho, ¿pero qué hago yo para aliviar vuestra suerte? ¡Por desgracia, nada puedo!

LUISA La primera vez que me dirigisteis la palabra, comprendí que hallaría en vos un amigo, un defensor tal vez.

PEDRO ¡Un defensor! ¡Pero si soy impotente para defenderos! Mi corazón se subleva al mirar vuestros sufrimientos. Cuando se os maltrata, me ahoga la rabia y la desesperación; pero soy débil, y aun cuando quisiera protejeros... ¡no podría, Luisa, no podría!

LUISA ¿Y esas buenas palabras que me decís? ¿Y esos buenos cuidados que me prodigáis?.... Ahora mismo; ¿quién alienta mi ánimo sino vuestra piedad? (*Se lleva la mano á la chaqueta.*) Gracias, amigo mío... (*Le tiende una mano que él coge con afecto. Con la otra toca el brazo de Pedro y se apercibe que está en mangas de camisa.*) ¡Ah, egoista de mí! (*Quitándose la chaqueta y dándosela á Pedro, que de pronto la rehusa, pero que por fin la toma y besa la mano de Luisa.*)

PEDRO ¡No! Si os aseguro...

LUISA Sí, amigo mío, sí; yo lo quiero. Ya no tengo frío, y además, ¿qué es esto comparado con todo lo que he sufrido? ¡La buscaremos juntas, me dijo vuestra madre!... ¡y comprendí muy pronto lo que exigían de mí!... Comprendí que si me recogieron, fué únicamente para cubrirme de harapos y decirme: «¡Ahora hay que abrir la mano y pedir limosna!» ¡Ah! ¡Creí morirme de desesperación y de vergüenza!... Hay que cantar, me dijeron. Cantar, cuando las lágrimas me ahogaban la voz... No puedo, no puedo, exclamé yo, y para obligarme á ello, me dejaron dos días sin comer. No tuve fuerzas para resistir más. Pedí misericordia y un pedazo de pan, y por un pedazo de pan, canto... canto todo el día.

PEDRO (Con dolor.) ¡Y son mi madre y mi hermano los que de tal modo os martirizan! ¡Y yo... yo no puedo impedir!... ¡Ah! ¡cómo debéis aborrecernos!

LUISA ¿A vos?... ¡Oh, no; á vos no, amigo mío! Más tarde me revestí de valor, y lo que me sostenía era una especie de inspiración. Pensé que yendo á cantar, mendigando de barrio en barrio y de casa en casa, mi hermana me oiría quizás, y entonces estaba salvada. Y cantaba y vociferaba siempre al fin de mi canción: «¡Enriqueta! ¡soy yo, Luisa, tu hermana! ¿No me oyes? Enriqueta, ¿no me oyes?»

PEDRO Pero temieron que os oyese...

LUISA ¡Sí!... Y siempre me llevaron á los mismos sitios.

PEDRO Donde sabían que no la encontraríais.

LUISA Y cuando concluyo mi canción... para que no llame á mi hermana...

PEDRO (Con ira.) Os cogen por el brazo... y os lastiman.

LUISA Sí; ella me estruja la muñeca con sus dedos de hierro... ¡Oh! pero que me lleven á otro barrio, que por más que me torturen, yo gritaré.

PEDRO (Bajo.) ¡Callad!... ¿Y nunca habéis concebido ideas de huir?

LUISA Si en verdad; ¿pero á quién dirigirme? Y si alguien se apiadase de mí, ¿sabéis lo que haría? Encerrarme en una casa de asilo y mi última esperanza se desvanecería para siempre.

PEDRO (Bajando la cabeza.) ¡Es verdad! (Vuélvese á oir el órgano y la campana de la iglesia.)

LUISA ¿Oís?... la misa ha terminado... van á salir de la iglesia.

PEDRO Mi madre va á volver...

LUISA Y si no me oye cantar. . (Se arrodilla al pie de las gradas y canta.)

«De la pobre ciega
»tengan piedad.
»Almas generosas,
»una caridad.»

ESCENA V

LOS MISMOS. La CONDESA, SEÑORAS, CABALLEROS y PUEBLO. Luego la ZURDA, JAIME y TRANSEUNTES

COND.ª (El lacayo de la Condesa ha hecho aproximar la silla, cuya puerta tiene abierta.) ¡He pedido á Dios que me deje ver á mi hija! (Dando una limosna á Luisa.) ¿Habrá escuchado mi súplica?

LUISA ¡Una limosnita por amor de Dios!

COND.ª (Que se ha detenido contemplando á Luisa.) (¡Hay en la voz de esta joven cierta ternura y cierto dolor que conmueven y hacen daño!) (Se acerca más á Luisa.) (¡Ah! ¡Dios mío! Esa mirada fija...) Hija mía... (Luisa se vuelve hacia ella.) ¿Estáis ciega?

LUISA Sí, señora.

COND.ª ¡Ah, qué desgracia!

LUISA ¿Me compadecéis, señora?

COND.ª ¡Oh, sí, hija mía!

LUISA ¿Me compadecéis porque estoy ciega? Pues no es esta la mayor de mis penas. (Aparece la Zurda.)

COND.ª ¿Qué decís? Hablad, pobre niña, hablad. Yo soy rica, y tal vez podría...

LUISA ¡Ah! Si yo tuviese valor...

ZURDA (Acercándose.) ¿Eh?

COND.ª ¿Tenéis familia? ¿Tenéis madre?

LUISA (Con fuerza.) ¡Familia! ¡Madre!

ZURDA (Abalanzándose y cogiendo á Luisa por la muñeca.) Sí, noble señora, y una buena madre, aunque me esté mal decirlo.

COND.ª ¡Ah! ¿Es vuestra hija?

ZURDA La más joven de siete que he tenido que mantener con trabajos inmensos. Esto es lo que la chica iba á deciros.

LUISA Yo...

ZURDA ¿No es verdad, hija mía? (Le aprieta la muñeca. Luisa baja la cabeza ahogando un grito de dolor.)

COND.ª Está muy pálida y tiene el aspecto muy enfermizo.

ZURDA Las almas caritativas tienen compasión de ella, y cuando llegamos á casa la cuidamos mucho... ¿no es cierto, hija mía? (Bajo, apretándole la mano.) (¡Habla!)

LUISA (Con esfuerzo.) ¡Sí... sí... es verdad!

COND.ª ¡Tomad, dad esto á vuestra madre, y rogad á Dios por mí!

LUISA Con toda el alma, señora.

COND.ª (Al lacayo.) A la casa que os he dicho. Barrio de San Honorato. Vamos á complacer á Eduardo (La Condesa entra en la silla cuya puerta cierra el lacayo. Al mismo tiempo, aparece Jaime. La Zurda toma á Luisa la moneda que le dió la Condesa y la contempla.)

ZURDA ¡Un doblón! Vamos, la jornada será buena. ¡En marcha, en marcha, y buena voz! (Se lleva á Luisa por el fondo. Vuelve á nevar. Luisa canta desde el bastidor. Pedro, que ha permanecido acurrucado en un ángulo, al ver que se aleja, va á seguirla. Jaime, que le sale al paso, le detiene dándole un empujón.)

JAIME Quédate aquí tú. Tenemos que hablar.

PEDRO ¿Qué tienes que decirme?

JAIME ¡No quiero que sigas á Luisa ni hoy, ni nunca!

PEDRO (Temblando.) ¡Cómo! ¡Tú!...

JAIME — No quiero que pienses en ella.

PEDRO — ¡Yo! ¡Que no piense en Luisa! ¿Y por qué?

JAIME — Porque de lo contrario, voy á romperte el espinazo. (Al decir esto, le derriba de un empellón, quedando Pedro de rodillas)

PEDRO — ¡Jaime... mátame si quieres... pero ni tú, ni todo el mundo, me impediréis que la ame!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Un rayo de luz

Habitación de Enriqueta. Entrada por el fondo. Ventana á la derecha. En un extremo, á la izquierda, cama de pabellón de cortinas blancas. Mesita de labor. Sillas de enea. Quinqué en la chimenea apagado.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA. Sentada junto á la mesita trabajando

ENR. ¡Tres meses! ¡Tres meses han transcurrido desde nuestra separación! Eduardo me prometió volver á participarme el resultado de sus pesquisas... y el tiempo pasa... y él no vuelve. ¡Con qué dolorosa impaciencia aguardo sus noticias! ¡Ah! Soy culpable y en vano procuro engañarme á mí misma. No, no es tan solo para que me hable de Luisa para lo que yo le aguardo... no. Es para escuchar las palabras que pronuncian sus labios, es para leer en sus ojos los pensamientos que calla. (Oye pasos y se levanta.) Aquí está. ¡El es! (Llaman y va á abrir.)

ESCENA II

ENRIQUETA y EDUARDO

EDUAR. ¡Enriqueta! ¿Qué tiene usted?

ENR. ¿Yo? Nada.

EDUAR. Me parece que está usted conmovida.

ENR. (Reponiéndose.) Aguardaba á usted. Esperaba las noticias que quizás usted me trae... y...

EDUAR. ¡Nada todavía!

ENR. ¡Siempre lo mismo!

EDUAR. Muy pronto, lo espero, seremos más afortunados; muy pronto nos ocuparemos exclusivamente de la pobre niña abandonada; pero hoy, Enriqueta, quisiera hablar á usted de... de mí.

ENR. Sé, caballero, cuánto puede usted decirme. Me salvó usted valerosamente y con riesgo de sus días de una trama odiosa, infame. Su generosidad me brindó luego los medios de existencia, de que carecía.

EDUAR. Y usted los rehusó, prefiriendo vivir de su trabajo.

ENR. ¿Hice acaso mal? He hallado en esta misma casa una excelente mujer que me da más labor de la que necesito para vivir; pero no por eso crea usted que mi alma está menos reconocida á cuanto le debo.

EDUAR. ¿Y no existe entre nosotros ningún otro lazo? ¿No ha comprendido usted, Enriqueta, lo que pesa en mi corazón? Ayer, podía imponer aun silencio á mi amor, hoy me veo obligado á hablar. Amo á usted, Enriqueta, no con ese amor trivial que ofende, sino con ese amor puro, digno del hombre bien nacido. Y este amor existe en mi corazón, amo á usted (Enriqueta se apoya en el respaldo de la silla.) desde el día que la ví trémula y desesperada, luego valerosa y digna, defendiendo su honor con la súplica, la amenaza y las lágrimas. Amo á usted desde el momento en que me dirigió la primera pa-

labra; y este amor que aquella palabra hizo nacer, juro á usted que durará mientras yo exista. Lo juro, Enriqueta, ante Dios que nos ve y me escucha. (Enriqueta lleva la mano á su corazón y pudiendo apenas hablar.)

ENR. ¡Ah! No está bien. No es generoso lo que acaba usted de hacer. Acaso cree usted que no había comprendido cuanto su corazón se esforzaba en ocultarme. ¡Ay de mí! Harto me distrae de la única idea que debe ocupar toda mi existencia; mas no debía usted obligarme á decírselo.

EDUAR. Enriqueta...

ENR. Debía usted comprender que no tengo el derecho de abandonarme á la alegría de verme amada, mientras no cumpla mi misión. Deje usted que me dedique por completo á este sagrado deber, y cuando Luisa se halle en mis brazos, cuando la haya vuelto á la ternura, á la protección, á los cuidados que la debo, entonces tendré el derecho de ser dichosa... entonces, ¡ah! entonces dígame usted que me ama si no quiere que muera de dolor. (Le tiende la mano.)

EDUAR. (Besándosela.) ¡Enriqueta!... ¡Adorada Enriqueta!

ESCENA III

LOS MISMOS y PATRICIO

PAT. (Desde la puerta.) Dispénseme usted si me atrevo...

ENR. ¡Ah!

EDUAR. ¡Patricio!

PAT. Soy yo, señor. Nadie más que yo.

EDUAR. ¿Qué me quieres ¿Qué te trae aquí? (A Enriqueta.) Es mi ayuda de cámara.

PAT. Sí, señorita, sí... Soy yo, Patricio... el fiel y discreto Patricio... (¡En una guardilla! ¡En casa de la confidente sin duda!... ¡Bien, muy bien.)

EDUAR. (Bruscamente) Vamos, habla, ¿á qué has venido?

PAT. Tengo que comunicar al señor un asunto importante.

EDUAR. ¿Qué significa?...

ENR. Están aguardando esta manteleta y es preciso que la baje al momento. (Va á la puerta.)

PAT. (Irá á casa de la señora. Es muy linda esta muchacha.)

EDUAR. ¿Volveré á ver á usted?

PAT. (Pues claro está que la volverá á ver.)

ENR. Sí, sí... al momento.

PAT. (Frotándose las manos.) Esta muchacha es capaz de hacer perder los sesos... ¡Por vida de San Cucufate, cuadro completo!... La señora abajo y arriba la doncella. ¡Bravo!

ESCENA IV

EDUARDO y PATRICIO

EDUAR. Estamos solos. ¿Me explicarás por qué has venido á buscarme en este sitio?

PAT. He tenido el atrevimiento de seguir al señor...

EDUAR. ¿Qué dices... bribón?

PAT. (Con alegría.) ¡Bribón! ¡Muy bien! ¡Reaparecen los hábitos antiguos!

EDUAR. ¿Qué es lo que estás murmurando entre dientes?

PAT. Digo qne me merezco algo más que la palabra bribón... ¡Cuando pienso que quería dejar el servicio del señor, y que había suplicado al tío del señor que me volviera á tomar al suyo! ..

EDUAR. Y bien.

PAT. Que cuando supe que él señor había cambiado de ideas y de costumbres... que había vuelto á ser...

EDUAR. ¿A ser qué?

PAT. La nata y flor de los verdaderos caballeros...

EDUAR. ¿Pero qué diablos estás enredando, canalla?

PAT. (¡Canalla! ¡Me ha llamado canalla!... ¡Magnífico! ¡Esto marcha!... Un poco más y me larga un puntapié.)

EDUAR. Mi tío mezclado en este asunto... ¿Qué significa?

PAT. Significa, que interesando al señor Conde conocer vuestras travesuras... me ha encargado que las inquiriera á fin de...

EDUAR. Conque según eso, ¿tú me estás espiando?

PAT. ¡Ni más ni menos! (Se vuelve suavemente dándole la espalda como preparado á recibir un puntapié. Viendo que no se lo da continúa con desenfado después de una corta pausa.) He seguido al señor hasta la puerta de esta casa... he aguardado un rato... por discreción, mas viendo que no volvía usted á salir... he entrado con objeto de informarme... por mí mismo, y de habitación en habitación, no hallando lo que buscaba, he trepado por fin hasta las nubes... y me he colado en la habitación de la camarera.

EDUAR. ¿De la camarera?

PAT. ¡Y por cierto que es bonita... bonita... bonitísima! Si la señora vale tanto como la... (Haciendo un guiño picaresco.)

EDUAR. (Con cólera.) ¡Basta!... Ni una palabra más, tunante, ó de lo contrario...

PAT. (Volviendo las espaldas.) ¡Tunante!... Lo que es ahora no falta; me lo da... me lo da... (Viendo que su señor se calma.) No... no, pues no me lo da.

EDUAR. ¡Señor Patricio!

PAT. ¡Bien!

EDUAR. Escuche usted atentamente lo que voy á decirle.

PAT. Soy todo oídos, señor.

EDUAR. Volverá usted al momento á casa del señor Conde de Liniers.

PAT. Como mande mi señor.

EDUAR. ¡Le dirá usted que me ha seguido paso á paso y hallado en casa de la persona á quien amo!

PAT. Querrá decir mi señor en casa de su camare...

EDUAR. En su misma casa.

PAT. ¡En su misma casa! ¿Es aquí dónde la señora... aquí vive ella?

EDUAR. Y agregarás que jamás... fíjate bien.

PAT. Me fijo, mi señor.

EDUAR. Que jamás, tendré otra esposa que esta joven.

PAT. ¿Pero me dirá mi señor de qué joven me está hablando?

EDUAR. ¡Por vida mía! De la que ahora mismo se hallaba aquí.

PAT. ¿De la camarerita?

EDUAR. ¡Miserable!

PAT. (Volviendo la espalda.) ¡Ahora! Ahora si que me lo da.

EDUAR. (Viendo abrir la puerta.) ¡Ni una palabra más! Silencio. ¡Es ella!

ESCENA V

LOS MISMOS y ENRIQUETA, entra llorando y dejándose caer en una silla

ENR. ¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Ah! Yo no merecía esta ofensa.

EDUAR. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué llora usted, Enriqueta?

PAT. Se llama Enriqueta.

ENR. ¡Se me arroja de esta casa!

EDUAR. Se la arroja... ¡A usted!... ¿Y por qué?

ENR. Porque se pretende que soy su...

PAT. (¡Ah!)

EDUAR. ¡Mi querida!... Usted tan honesta y tan pura... Usted á quien siempre he respetado como á una hermana..

PAT. ¡Vamos!... ¡Yo no vuelvo de mi sorpresa!

EDUAR. ¿Quién ha difundido esa odiosa calumnia? ¿Su nombre?

ENR. ¡Los vecinos sin duda!... Y la dueña de esta casa que me había acogido y me daba trabajo, acaba de decirme delante de todos, que no podía ocuparme, ni consentir que perma-

nezca aquí por más tiempo, porque tiene hijos jóvenes... en una palabra, que me echa á la calle.

PAT. ¡Pobre muchacha!... Pero... esto es injusto, señor.

EDUAR. Esto es infame.

PAT. Sí señor, infame, porque, en fin, señorita... Si bien usted es... (Enriqueta le mira admirada.) No; quiero decir, que usted no es... no sé lo que me digo.

EDUAR. Enriqueta, enjugue usted esas lágrimas. Levante usted la cabeza.—Sí; usted dejará esta casa, pero para vivir en la mía.

PAT. ¡San Cucufate!

EDUAR. En la suya, Enriqueta, porque usted entrará en ella del brazo de su esposo.

PAT. ¡Uy, uy, uy, uy! ¡Esto me parece que va demasiado lejos!

ENR. ¡Yo... su esposa!... ¡No, no; es imposible!

EDUAR. ¡Enriqueta!

PAT. (Imposible... Yo lo creo... ¡Y nuestra familia!... ¡Qué diría nuestra familia!)

ENR. Comprendo cuanto tiene de noble y generoso su oferta y se la agradezco; pero comprendo también la distancia que nos separa, conozco mi deber y rehuso.

EDUAR. ¿Rehusa usted?

PAT. (Con admiración.) (Ha dicho muy bien. Rehusamos.)

EDUAR. Rehusa usted, Enriqueta, porque piensa que es suyo únicamente el sacrificio; ¿pero y yo, y yo que contemplo en usted mi dicha y mi existencia?

PAT. También eso está muy bien dicho ¡Vaya si está bien!

ENR. No; yo no puedo, á pesar de su generoso deseo, entrar á formar parte de su familia. Quizás llegara á ser para ella objeto de odio y para usted causa de enemistad y persecución. ¡No!... no... es preciso separarnos, es necesario que dejemos de vernos.

EDUAR. ¡Nunca!... Si mi familia me niega su consentimiento, yo sabré prescindir de él.

PAT. (Con vehemencia.) Y bien... sí... prescindiremos.

EDUAR. Acaso su talento y su bondad, ¿no valen tanto como un título de nobleza?

PAT. Lo valen... sí señor... lo valen. ¡Vaya si lo valen!

EDUAR. Su hermosura, su inocencia, sus virtudes, ¿no valen por lo menos tanto como mi fortuna?

PAT. ¡Valen diez veces más, señor! (Pero, por San Cucufate, ¿qué es lo que estoy diciendo?)

EDUAR. ¡Patricio! ¡Mi sombrero, y partamos!

PAT. Sí, señor, partamos. (¡Sería capaz de casarles al momento y sin cura!)

EDUAR. Enriqueta, voy á asegurar nuestro porvenir, y nuestra dicha.

ENR. ¡Adiós... adiós... para siempre!

EDUAR. No; infúndame usted el valor de que tanto voy á necesitar... No me diga usted adiós... si no hasta luego. ¡Enriqueta mía, hasta luego!

ENR. (Tendiéndole la mano y esforzándose en sonreir.) ¡Hasta luego!

PAT. (Haciendo muchas reverencias.) Hasta la vista, señorita, la aprecio á usted, la quiero, la admiro... y... (He llenado cumplidamente las órdenes del señor Conde)

ESCENA VI

ENRIQUETA

¡No! ¡No le volveré á ver! No renovaré esa dolorosa lucha entre el deber y el amor. Era un sueño demasiado bello, y por lo mismo, me he hecho más culpable. Culpable; sí; porque me ha causado instantes de olvido, horas de alegría y de felicidad... pero el castigo no ha sido tardío... Se me ha insultado... y se me arroja de esta casa... (Se deja caer en una silla.)

ESCENA VII

ENRIQUETA y LA CONDESA

COND.ª (Desde la puerta.) ¿La señorita Enriqueta?

ENR. (Volviéndose sorprendida.) Servidora de usted, señora.

COND.ª Señorita, me ha sido usted recomendada muy eficazmente...

ENR. ¡Recomendada.. yo! ¡No comprendo...!

COND.ª Formo parte... de una sociedad filantrópica, y si veo justificados los excelentes informes que de usted he recibido, tal vez podré ser á usted útil y socorrerla.

ENR. No soy desgraciada, señora... (Rectificando.) ¡Ay de mí! ¡No, no quería decir eso! No soy pobre, señora, trabajo.

COND.ª (Bien.) ¿Luego nada puedo hacer por usted, hija mía?

ENR. ¡Nada!... digo mal señora, sí; acepto su protección .. más aun, la imploro.

COND.ª Hable usted.

ENR. Pero no es dinero, no es una limosna lo que yo pido; es un asilo en donde pueda vivir oscura, ignorada; lejos de la mentira... lejos de la calumnia... y sobre todo, lejos de él.

COND.ª ¿De él? ¿Será de algún joven á quien ama usted y de quien es correspondida?

ENR. (Bajando los ojos.) Sí...

COND.ª Y usted trata de huir de él para no llegar á ser su aman...

ENR. (Con dignidad.) Para que no me falte el valor de negarme á ser su esposa.

COND.ª ¿Su esposa?

ENR. Este es el título que me ha ofrecido hace un instante.

COND.ª ¿Y usted lo ha rehusado?

ENR. Sí señora, lo he rehusado.

COND.ª Está bien. Mi deber es hablar á usted ahora con toda franqueza, con toda lealtad y sin rodeos. Enriqueta, pertenezco á la familia

de Eduardo Vaudrey, soy casi su madre.. Conozco el amor que á usted profesa y he tratado de defenderlo ante mi mismo esposo, el Conde de Liniers.

ENR. ¿Usted, señora?

COND.ª Mas luego he reflexionado con calma y á la verdad, Enriqueta, el único partido que puedo aconsejar á usted, es el mismo que se propone seguir, toda vez que no tan sólo nuestra familia, sino hasta la poderosa voluntad del Rey se opondrían á ese enlace.

ENR. Antes de ver á usted, señora, me había trazado mi camino... el del sacrificio y el deber.

COND.ª Está bien. Y de paso la advertiré también que somos ricos y poderosos.

ENR. (Levantando la cabeza.) ¿Poderosos?...

COND.ª Y si algún día nos convencemos del desinterés de usted...

ENR. ¿Convencerse?... Al momento, señora.

COND.ª ¿De qué manera?

ENR. Escúcheme usted, señora. Mi corazón y mi cariño los he dividido en dos partes: la una pertenece á él...; la otra... ¡ah! la otra... se lo juro á usted, señora, la otra que es la más grande y la más pura... ha tiempo que la consagré á una pobre criatura que han arrancado cruelmente de mi lado. Dice usted que su familia es muy poderosa, pues bien... que se la busque, que se la encuentre y se me devuelva, señora, y yo impondré silencio á mi corazón, yo arrancaré de él esotra parte de mi amor que... ¡que es mi vida! En fin, señora, que me la devuelvan y desapareceré para siempre. Dígame usted, señora, ¿es mucho lo que pido?

COND.ª No, hija mía; no. Prometo á usted mi ayuda, mi apoyo y esto sin retardo; ¡sin vacilación!... Veamos, hable usted. Dígame usted su nombre, sus señas.

ENR. Sus señas... ¡ay de mí! Son bien fáciles de recordar. La desgraciada tiene diez y seis años y está ciega.

COND.ª ¡Ciega!

ENR. Se llama Luisa, señora.

COND.ª ¡Luisa!... Nombre que me es muy querido. Esté usted tranquila, hija mía; desde luego se buscará á su hermanita.

ENR. No es hermana, señora.

COND.ª ¡Ah! no es...

ENR. No, señora: pero yo sola la debo el cariño de toda la familia, ya que á mi padre, á mi madre y á mí, nos libró de la miseria.

COND.ª ¿Y qué pudo hacer para conseguirlo esa desgraciada cieguecita?

ENR. Mi padre la halló en el atrio de una iglesia.

COND.ª ¡La halló!... ¡Ah! Luego es una pobre niña expósita! Cuéntemelo usted todo. ¿Decía usted que les ha preservado de la miseria?

ENR. Y tan terrible, que mi padre ya no tenía ni un pedazo de pan que dar á mi madre; y ésta aniquilada por el sufrimiento y por el hambre, no tenía una sola gota de leche para su hija.

COND.ª ¡Qué horror!

ENR. Con el propósito de salvarme al menos, mi padre tomó el doloroso partido de confiarme á la caridad pública. Me separó de mi desventurada madre, mientras dormitaba, y con paso inseguro, se dirigió hacia el atrio de Nuestra Señora.

COND.ª Siga usted, siga usted. (Con interés.)

ENR. Era en una desapacible noche de invierno. El hambre y el frío causaban muchas víctimas y la nieve cubría las gradas del atrio de la iglesia. Mi desgraciado padre se detuvo llorando —¿Y tendré valor para abandonarla? Exclamó. De pronto oye á pocos pasos el lastimero lloro de una criatura; se acerca y ve una pobrecita niña cuya cuna estaba medio cubierta por la nieve, con la cara y las manecitas amoratadas por el frío...

COND.ª ¡Hija mía!

ENR. Va á morir, exclamó mi padre, y procuró darla calor estrechándola contra su pecho. Una idea generosa acudió á su mente, y en medio de su desesperación exclamó: «De la misma manera que esta desgraciada pere-

cía cuando he llegado, mi hija hubiera dejado de existir antes de que un alma caritativa se hubiese apiadado de ella... No... no abandonaré ni á la una ni á la otra.»—Y el que pocos momentos antes había llegado allí con trémulo paso, llevando como pesada carga, á la niña que iba á abandonar; volvía con paso firme con dos criaturas en sus brazos.

COND.ª ¡Bien... muy bien!... ¿Pero el socorro inesperado... la salvación que la niña llevó á ustedes?.

ENR. Algunos instantes después llegó mi padre á casa. «Mujer, le dijo á mi madre, no teníamos más que una hija, no era bastante sin duda para que el cielo se apiadara de nosotros y nos manda otra.» Y cuando para calentarla, se le quitaron los pañales...

COND.ª Seguid.

ENR. Se desprendieron dos paquetes de monedas de oro y un papel que decía: «Se llama Luisa. Amadla.» (Durante estas últimas palabras la agitación de la Condesa aumenta visiblemente.)

COND.ª ¡Ah!

ENR. ¿Qué tiene usted, señora? (Mirándola admirada.)

COND.ª (Esforzándose en aparentar calma.) Yo... nada... no tengo nada... solo que esa historia me ha afectado vivamente... ¡Ah! La pobre niña abandonada cayó en poder de buena gente. Continúe usted, hija mía.

ENR. ¡Ah! ¡Cuánto la queríamos, señora!

COND.ª ¡Oh! ¡sí! Tiene usted un hermoso corazón y comprendo que Eduardo la adore. (Abrazándola.) También yo la querré á usted mucho... (Besándola y abrazándola varias veces.) La quiero á usted ya, Enriqueta mía.

ENR. ¿Entonces, señora, me ayudará usted á buscarla?

COND.ª ¡Si la ayudaré á usted! ¡Ah! ¡Dios mío!... Ciega... me ha dicho usted que era ciega... Pero, ¿cómo le sobrevino esta horrible desgracia?

ENR. ¡Oh! Muy horrible en efecto. Siempre está fijo en mi mente ese fatal recuerdo. Era...

(Se oye á lo lejos como un eco la voz de Luisa. Enriqueta presta su atención.) ¡Era una noche!...

COND.ª ¿Y bien? (Viendo su sorpresa.)

ENR. Hará... hará como unos dos años...

COND.ª ¡Dos años! (La voz cada vez se aproxima más.)

ENR. Sí, sí... dos años... Luisa tenía catorce. .

COND.ª Acabe usted. (Levantado la voz poco á poco.)

ENR. Luisa tenía catorce. (El canto se acerca más.) Jugábamos... estábamos jugando juntas... y... (La voz se oye clara.) ¡Ah! (Dando un grito horrible. Se recomienda esta escena.)

COND.ª ¿Qué tiene usted?

ENR. Es ella, señora... es ella.

COND.ª ¡Ella...! La pobre mendiga que he hallado... que acabo de ver... mi...

ENR. ¡Ah!... ¡Corramos!...

COND.ª Vamos... Vamos pronto... ¡Mi marido!

ESCENA VIII

LAS MISMAS, EL CONDE, UN AGENTE DE POLICÍA é individuos de orden público en el momento en que van á salir

ENR. Señores... señores... déjenme ustedes pasar... se lo suplico, no me detengan, por caridad.

CONDE Ejecuten ustedes lo que se les ha mandado.

ENR. (Arrodillándose.) En nombre del cielo, caballero; dé usted orden para que me dejen pasar. Si usted supiese... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Su voz se aleja.. por favor... por piedad.. ¡Escúcheme usted, señor, ó la voy á perder de nuevo!

CONDE Esta joven á la Salpêtriére.

ENR. ¡Yo!... ¡A la Corrección!... ¡Yo! ¡Pero qué he hecho! Mas no importa, señor, se me detendrá, se me desterrará, se me matará si es preciso; pero luego, cuando la haya vuelto á ver, cuando la haya salvado, caballero; cuando la haya salvado. (Toda esta escena con gran agitación y rapidez.)

CONDE ¡Obedeced!

ENR. ¡Ah! (Se la llevan)

COND.ª ¡Oh! Al menos yo voy...

CONDE Quedaos, señora, y sepa yo á qué vino aquí la condesa de Liniers.

COND.ª Señor. . luego... os lo diré...; pero ahora... dejadme salir... dejadme que llegue... hasta ella.

CONDE ¿De quién me estais hablando, señora?

COND.ª ¿De quién?... de... de ella... de... mi... de... mi...

CONDE Acabad.

COND.ª (Mirando el rostro amenazador de su marido, da un grito desgarrador y cae en sus brazos.) ¡Oh! ¡No puedo más!... (La voz de Luisa se oye lejana no debiendo parar hasta caer el telón. El Conde queda clavado en mitad de la escena con la Condesa en sus brazos.)

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

La Salpêtrière

Un patio con árboles desprovistos de hojas y cercado de un muro por encima del cual se descubre la cúpula de la iglesia. En el fondo un enverjado que da al patio principal. Entre este último y el enverjado á mano derecha la puerta de la capilla. En el primer término, izquierda, puerta que da entrada á la enfermería. A la derecha y laterales las de entrada á los dormitorios. A cada lado y en primer término bancos de piedra.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oye el órgano en la capilla y al poco rato salen de la misma de dos en dos, formándose al pie de la verja, las Detenidas: á la cabeba y final cuatro Hermanas de la Caridad, entre las primeras estará MARIANA que se adelanta con su compañera, la cual se sienta en uno de los bancos de piedra. Al poco rato las Detenidas se entretienen en sus labores y las Hermanas se pasean entre ellas leyendo sus libros de rezo. Cesa el órgano. A poco SOR GENOVEVA

MAR. Cuando usted salga de la cárcel estará en paz con los hombres, y cuando se haya arrepentido lo estará con Dios. He aquí lo que me repiten esas santas mujeres! Estoy arrepentida; pronto llegará el día en que me vea

libre, no se desespere usted, procure usted trabajar. El trabajo distrae y consuela. ¡Hola! Sor Genoveva. Buenos días, madre mía. (Las Detenidas van á saludarla y besarla el hábito.)

SOR G. Dios os bendiga, hijas de mi alma. (Se oye una campana.) ¿Quién llama?

MAR. El señor Doctor, Madre.

ESCENA II

DICHAS y EL DOCTOR

SOR G. ¡Ah! ¡Doctor, con cuánta impaciencia estaba aguardando á usted!...

DOC. (Mirando el reloj.) Y sin embargo he sido puntual.

SOR G. Como confiaba que esta mañana...

DOC. Le traería á usted...

SOR G. Una buena noticia...

DOC. ¿Y por eso su emoción y su impaciencia?

SOR G. Doctor, se trata de la suerte de una desgraciada ..

DOC. ¡Oh! Sé que no tendría usted tanta impaciencia si se tratara de la de usted.

SOR G. ¿Y bien...?

DOC. He hecho cuanto ha sido necesario. He manifestado el interés que inspira á usted esa penada; he hablado de su profundo arrepentimiento; he patentizado su docilidad y resignación; hasta la he agregado algunas buenas cualidades que ignoro si tiene.

SOR G. Doctor, ha hecho usted mal; bastaba con decir la pura verdad.

DOC. Sí, la pura y santa verdad, como usted la llama; pero lo hice con el buen propósito de salvar á su protegida...

SOR G. La verdad siempre, mi buen Doctor...; pero acabe usted, se lo ruego...

DOC. Felicíteme usted, hermana Genoveva.

SOR G. ¿Ha salido usted airoso?

DOC. Completamente.

SOR G. ¡Alabado sea Dios! Venga usted, Mariana, hija mía; aquí está nuestro querido Doctor

un hombre excelente. Escuche usted de sus labios lo que acaba de hacer por usted.

MAR. ¿Por mí, señor?

DOC. Sí; tan solo que á quien debe usted agradecérselo es á la hermana Genoveva. A ella que movida por su arrepentimiento, concibió la idea de solicitar el perdón que yo la traigo. (*Entrega un pliego á Sor Genoveva.*)

MAR. ¡Mi bienhechora!... ¡Mi madre! (*Las Detenidas se aproximan.*)

SOR G. El es quien ha hecho todas las diligencias...

DOC. Pero es á ella á quien se otorga la gracia. A Sor Genoveva, á la noble y digna mujer que nacida en este asilo, no ha consentido nunca en abandonarlo, haciendo de esta casa su patria, y de todos los afligidos su familia. A usted, consuelo de los réprobos, á usted, á quien aquí todo el mundo quiere, venera y respeta. (*Todas las Detenidas y las Hermanas la rodean. Cuadro.*) No lo digo con objeto de mortificarla; ni es mi ánimo hacer llorar ni á usted... ni á esa pobre Mariana... á las otras... ni... vamos, á que lloro yo también... yo, ¡todo un doctor! (*Viendo el cuadro.*) Pues señor; digo y sostengo, que todavía queda mucho y bueno entre todas estas pobres descarriadas.

SOR G. (*Suena una campana.*) La hora de entrada. Vamos, hija mía, esta tarde será usted libre. No olvide usted nunca que he respondido de su conducta futura. La sociedad me entregó una culpable, le devuelvo una buena mujer. ¿No es verdad, hija mía? (*Mariana llena de emoción no puede hablar, Sor Genoveva la abraza. Se oye un gran ruido de voces en la enfermería.*)

ENR. (*Dentro.*) ¡Dejadme! ¡Dejadme os digo!

SOR G. ¿Qué gritos son esos? ¿Qué pasa?

DOC. Alguna enferma desobediente. Voy á poner orden...

SOR G. Aguarde usted, Doctor, es la joven que entró hace dos días...

DOC. ¿Y que fué acometida de un acceso de delirio? (*Enriqueta aparece en el umbral de la puerta resistiéndose á las enfermeras.*)

ESCENA III

LOS MISMOS, ENRIQUETA

ENR. No me detengais... Quiero salir... Os digo que no quiero permanecer aquí ni un solo minuto.

MAR. ¡Ah!... ¡Dios mío! Si... es...

ENR. (Corriendo hacia Sor Genoveva.) ¡Oh! señora; si es usted tan buena como todos dicen; si es usted aquí la superiora, apiádese por Dios de mí; y mande que me dejen libre. ¡Ah! ¡señora! se lo pido á usted de rodillas.

MAR. ¡No, no me engaño! ¡es ella! ¡es ella!

SOR G. (Con bondad.) Vamos, hija mía, un poco de calma. Usted está enferma, piense usted ahora en los cuidados que necesita.

DOC. ¿Por qué ha abandonado usted la cama sin mi permiso?

ENR. ¡Ah! ¡Reconozco á usted, Doctor! Usted es quien me ha cuidado...

DOC. Sí, pobre niña... y no puedo autorizar...

ENR. ¡Oh! Ya estoy buena, caballero; ya no sufro, tengo completa mi razón, y puesto que de usted depende, diga usted—se lo ruego—diga usted que me dejen salir.

DOC. Es imposible. Para dar esa orden se necesita una autoridad más poderosa que la mía.

ENR. ¡Luego no estoy en un hospital!

DOC. Este hospital, es cárcel también.

ENR. ¡Una cárcel! ¡Ah! ¡Ya recuerdo!... Sí... Aquellos polizontes que me prendieron, aquel hombre que les mandaba: «A la Salpetriére,» decía. Al hospital de los pobres y de los locos ¡A la prisión de las mujeres perdidas!... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo, pues, para que me traten con tanta crueldad? (Llena de desesperación cae en un banco.)

DOC. (Muy conmovido.) ¡Hermana! Hé aquí una curación, que tan solo usted puede realizarla. (Entra en la enfermería, algunas detenidas le siguen, otras van á los dormitorios.)

ESCENA IV

ENRIQUETA, SOR GENOVEVA, MARIANA, luego PATRICIO

SOR G. Muchas culpables he visto pero lo que es esta...

MAR. Esta no lo es.

SOR G. ¿La conoce usted?

MAR. Conté á usted que en un día de desesperación quise atentar contra mi vida?

SOR G. Lo recuerdo.

MAR. ¿Que dos jovenes... dos ángeles de virtud y de caridad me habían impedido añadir este crímen á mis faltas?

SOR G. Sí; y que socorrieron á usted con sus pobres recursos, y la fortalecieron con sus piadosas palabras.

MAR. Pues ésta es una de ellas.

SOR G. ¡Y es aquí donde usted vuelve á encontrarla!

MAR. Habrá podido ser presa de la desgracia; pero estoy bien convencida de que el vicio no cabe en ella.

SOR G. (A Enriqueta.) Vamos, hija mía; tenga usted valor.

MAR. Míreme usted, señorita, y reconózcame usted. ¿Recuerda usted la noche aquella en que una pobre mujer iba á quitarse la vida?

ENR. ¿Usted?... ¡Era usted, sí... si me acuerdo!.. La reconozco á usted perfectamente. (Con desesperación.) ¡Ah!... ¡entonces éramos dos, ya lo vió usted... mi pobre hermana!...

MAR. Estaba yo diciendo á nuestra buena madre, que un ángel puro como usted, porque yo estoy segura de que usted es un ángel no puedo haber incurrído en falta alguna...

ENR. ¡Soy inocente, señora... lo juro y tomo á Dios por testigo!

SOR G. No jure usted, hija mía; la creo á usted, no es usted culpable de mentira, de ese vergonzoso pecado que ofende al cielo y degrada á la criatura.

ENR. No, no...

SOR G. Pues entonces, ¿por qué motivo, y por orden de quién ha sido usted conducida á este asilo?

PAT. (Adelantándose.) Por orden del señor Conde de Liniers, señora.

SOR G. ¿Quién es usted, caballero, y cómo ha entrado usted en esta casa?

PAT. (Con importancia.) Soy primer ayuda de cámara de S. E. el intendente de Policía.

SOR G. Y es por orden de S. E. que esta joven...

PAT. ¡Ah! señora, las elevadas posiciones imponen á veces crueles necesidades. Cuando un noble comete la locura de enamorarse perdidamente de una muchacha... muy linda por cierto y muy honrada... según creo... es preciso salvar el honor de una ilustre casa... se hace desaparecer el objeto de... de... tan culpable amor.

ENR. Pero en la misma presencia de usted ¿no rehusé la mano del caballero de Vaudrey?

SOR G. ¡Usted ha obrado así! ¿Es cierto, caballero?

PAT. Es verdad. Esto no puedo negarlo. Es verdad.

SOR G. ¡Ah! ¡Pobre niña!... ¿Y se la arroja aquí como si fuese usted una culpable?

MAR. ¿No se lo dije á usted, madre mía?

PAT. Pero este .. bello sacrificio, no basta, y usted misma podrá comprenderlo, señorita, si la señora Superiora me permite trasmitir á usted la voluntad de S. E.

SOR G. Dejamos á usted en libertad, caballero. (A Enriqueta.) Ánimo, hija mía.

MAR. ¡Valor!

ESCENA V

ENRIQUETA y PATRICIO

ENR. Ya estamos solos. ¿Qué tiene usted que decirme? ¿Qué nueva desgracia viene usted á anunciarme? Usted, que yo creí fiel á su señor, y á quien sin duda... está usted haciendo traición.

PAT. Vamos, vamos, no se impaciente usted, señorita. Y bien, sí estoy al servicio de un cumplido caballero que me paga con largueza y á quien verdaderamente robo el salario que me da. Pone en mí su confianza, y yo abuso de ella de un modo infame. Todo eso es muy cierto, señorita. Unicamente que la persona que me paga... y á quien engaño, es el Jefe superior de Policía.

ENR. ¿Será verdad?

PAT. Y á quien amo, y á quien sirvo, y por quien me arrojaría desde la Torre más alta de Nuestra Señora, es á mi señor, ó mejor dicho, no es á él á quien respeto, á quien admiro y á quien quisiera salvar... sino á la señorita.

ENR. ¿A mí?

PAT. Sí; á usted que ha destruído todas mis ideas rancias, todos mis viejos principios políticos, todos mis... etc... etc...

ENR. ¿Y Eduardo?

PAT. Sigue empeñado en desobedecer á su tío... el amo que paga; y desde ayer está...

ENR. ¡Acabe usted!

PAT. ¡Está en la Bastilla!

ENR. ¡Preso también! ¡Pobre Eduardo!

PAT. Pero en el momento de su arresto pude recibir sus instrucciones. Me hizo hizo jurar que llegaría hasta usted para asegurarla que sufrirá toda suerte de persecuciones, antes que renunciar al amor de usted; y que si llegase el caso de ser usted destinada á la Guyena...

ENR. ¿Yo?... ¡A la Guyena! Pero esto sería un destierro eterno! ¡Esto sería mi muerte!

PAT. Aguarde usted: aguarde usted. Nosotros sabremos anticipadamente esa decisión, mi falso amo, el que me paga, me lo confiaría, y yo aviso inmediatamente á mi verdadero amo, el que no paga. Este finge ceder á la voluntad de su tío, y una vez fuera de la Bastilla, sale á uña de caballo seguido de su servidor. Alcanzamos el convoy que conduce á usted; con el oro que llevaremos de mi ver-

dadero señor, compramos á los hombres de mi falso señor; si son incorruptibles... es decir, si no tenemos bastante dinero para comprarles, ¡qué importa! ¡Nos embarcamos con usted, y compartimos el destierro... porque señorita, nosotros, los verdadaderos caballeros, obramos así!

ENR. ¡Usted me tranquiliza! ¡Pero ella!... Mi Luisa... ¿Quién la buscará?... ¿Quién la protegerá?...

PAT. ¿Y yo?... ¿Qué?... ¿No soy nadie? ¿Cree usted que estaré cruzado de brazos? ¿No pertenezco acaso á la policía? Vamos, cálmase usted y no se apesadumbre antes de tiempo. Por vida de San Cucufate, que yo he de salir con bien del plan que me he formado. Luego, que me corten la cabeza si quieren; aquí la tienen á su disposición. (Aparecen en la puerta Agentes de policía.)

ENR. (Asustada.) ¡Cielos! Mire usted.

PAT. ¡Ah! ¡Voto á tal!... ¿Acaso vendrán ya por mi cabeza?

ESCENA VI

LOS MISMOS, UN INSPECTOR, AGENTES, EL DOCTOR, SOR GENOVEVA y MARIANA

(Se abre la verja y el Inspector forma á sus Agentes en el patio del fondo.)

SOR G. (Salen de la enfermería.) ¡Ah! ¡Doctor! Aun quieren quitarme más desgraciadas.

DOC. Sin duda mandan las más culpables á la Guyena.

SOR G. ¡Las más dignas de compasión!

INS. (Adelantándose.) Hermana, he aquí la orden de que soy portador, y la lista de las presas destinadas á partir esta tarde. Voy, si usted me lo permite, á extender el acta de salida, y luego comprobaremos los nombres con su libro-registro.

SOR G. Puede usted pasar. Soy con usted al momen-

to. (El Inspector saluda y sale.) ¡Esta lista!... ¡Oh!.. (Lee y da un grito mirando á Enriqueta)

ENR. (Con espanto.) ¿Por qué me mira usted así, señora? Respóndame usted por caridad.

SOR G. ¡Ah! ¡Pobre hija mía!

ENR. ¡Luego estoy condenada! ¡Luego estoy irremisiblemente perdida!...

PAT. (Bajo.) Señora, ¿será verdad que...?

SOR G. (Con voz apagada y señalando el nombre.) Enriqueta Gerard.

ENR. ¡Ah! (Cae en brazos de Mariana y del Doctor, que la colocan en un banco.)

SOR G. ¡Pobre hija mía!

PAT. ¡Ah! ¡El tunante de mi falso amo ha desconfiado de mí!... ¡Por San Cucufate que me las pagará!... (Vase precipitadamente. Sor Genoveva ha entrado también en los dormitorios.)

ESCENA VII

LOS MISMOS, menos SOR GENOVEVA y PATRICIO

ENR. (A Mariana que la toma la mano.) ¡Ay! ¡Comprendo ahora que haya momentos en la vida en que la muerte sea la única esperanza!

MAR. No hable usted así; recuerde usted las palabras que me dijo en cierta ocasión.

DOC. ¡Si tiene usted familia, piense usted en ella!

ENR. ¡Oh, Doctor! ¡No es por mí por quien me espanta el destierro! No es mi propio infortunio el que me desespera.

MAR. Tiene una hermana de quien era el único apoyo... ¡una pobre ciega!

ENR. Iba á recobrarla cuando me detuvieron. Sí; oí su voz; la reconocí; la ví, señor, la ví. La pobrecilla cantaba pidiendo una limosna por amor de Dios, con la rubia cabellera, flotante sobre sus espaldas, cubierta de harapos, abatida por la fatiga y estenuada por el hambre que la martiriza sin duda, que la mata! (El Doctor se suena para ocultar su emoción.) Aquellos hombres me impidieron correr

hacia ella, y ya no sé dónde estará. La he vuelto á perder y esta vez para siempre. (Llora.)

DOC. Aguarde usted, hija mía. La que usted llora, creo haberla encontrado.

ENR. ¡Usted, caballero!

DOC. (Recordando.) Sí, sí... hermosos cabellos rubios, unos grandes ojos... ¿no es cierto?

ENR. (Levantando la cabeza.) ¡Oh! ¡sí! ¡sí!

DOC. Y aquella vieja la llamaba... la llamaba... (Enriqueta sigue con ansia mortal el recuerdo del Doctor.) Luisa.

ENR. ¡Ella es!.. ¡Ah! ¿También la ha visto usted?

DOC. Y hasta conozco á la mujer que la conducía. Ha venido veinte veces á mi hospital. La llaman de apodo la Zurda.

MAR. ¡La madre de Jaime!... Y bien; sabemos donde vive la hermana de usted. La Zurda habita una choza de la calle de los Espinos, en la ribera del río.

ENR. ¡Allí vive! Pues entonces ya la hemos encontrado y muy pronto podré... (Vase corriendo hacia el fondo, pero al ver los Agentes y Gendarmes recuerda su situación y lanza un grito) ¡Ah! ¡Pero si voy á partir! ¡Si no soy más que una pobre desterrada!...

MAR. Y bien... ¡No, señorita: no! ¡Usted no debe partir; no partirá!

DOC. ¿Qué está diciendo?

ENR. (Con desesperación.) ¿Que no partiré dice usted? ¿Ve usted aquel carruaje? ¡En él se me llevarán! Sollozando.) ¡Oh! ¡Luisa mía! ¡Tu pobre hermana no te verá ya más.

MAR. (Con arranque salido del alma) Repito á usted que no partirá.

ENR. ¡Pero si eso no es posible!

MAR. ¡Silencio!

DOC. ¡No, no, es imposible!

MAR. Doctor, apiádese usted de ella y ayúdeme usted.

DOC. Pero... como...

ESCENA VIII

DICHOS, el INSPECTOR

INS. Falta una presa. Enriqueta Gerard.

MAR. (Adelantándose.) Soy yo... señor.

ENR. ¡Ah!

DOC. (Cogiéndola por el brazo.) ¡Silencio!

MAR. (Al Inspector.) Permítame usted, caballero, que le dé el último adiós.

ENR. (Bajo. Lucha entre besos y abrazos, y en voz concentrada por ambas actrices. El Doctor no sabe lo que le pasa.) No... no quiero... No quiero consentir...

MAR. Si no es á usted á quien salvo... es á mi...

ENR. ¿A usted?

MAR. Si me quedo... volveré á ver á Jaime; y esta vez estaría perdida sin remedio. Usted, por el contrario, volverá á ver á su hermana, y ambas quedarán libres.

ENR. ¡Luisa!

MAR. Tome usted esto. (Le da el perdón que el Doctor le habrá dado. Enriqueta vacila y mira al Doctor.)

DOC. (Tómela usted. Es la orden de salida.

MAR. (Para decidirla.) ¡La salvación de usted, la libertad de la pobre ciega! (Enriqueta toma el papel y vuelve á abrazar á Mariana llorando.)

ESCENA IX

LOS MISMOS, SOR GENOVEVA, Detenidas y Hermanas de la Caridad

MAR. (Viéndola entrar.) ¡Sor Genoveva! ¡Oh! ¡Todo se ha perdido!

INS. Señora, sírvase usted identificar esa lista, y afirmar que son las que constan en ella las condenadas á destierro.

MAR. ¡Oh!

DOC. ¡No hay remedio!

ENR. ¡El cielo no lo ha querido!

SOR G. Estoy pronta, caballero!

INS. «Francisca Morand.» (Leyendo y adelantándose á cada nombre una detenida.)

SOR G. Sí. (Suspirando)

INS. «Juana Consciens.»

SOR G. Sí.

INS. «Andrea Benot.»

SOR G. Sí.

INS. (Mirando á Mariana.) «Enriqueta Gerard.»

MAR. (Temblando) Aquí estoy, madre.

SOR G. ¡Usted! (El Doctor se dirige hacia ella y le señala á Enriqueta con ademán suplicante; Sor Genoveva, cuyas miradas van de una á otra parte, parece violentamente agitada.)

MAR. ¡Madre mía, madre mía! ¡Tenga usted piedad de mí! (Arrodillada á sus pies.) ¡Bendígame usted, madre mía, porque esta partida purifica á una culpable!... Y salva á una inocente. (Pausa.)

INS. ¿Y bien, hermana?...

SOR G. (Extendiendo la mano sobre la cabeza de Mariana y con voz firme mirando al cielo) ¡Sí!

MAR.
ENR.
DOC. } ¡Ah! (Sor Genoveva levanta á Mariana y le abre sus brazos llorando. Mariana se deja caer en ellos Luego se separa y va á Enriqueta á abrazarla y besarla. Enriqueta no la deja marchar, pero Sor Genoveva y el Doctor la apartan de Enriqueta. Cuando Mariana pasa la reja, seguida de las demás desterradas, Sor Genoveva dice al Doctor llorando:)

SOR G. ¡Ah, Doctor! Mi primera mentira. (Enriqueta cae de rodillas mirando á la reja. Se oye partir el coche.)

DOC. ¡Dios se la tendrá á usted en cuenta como una obra de caridad!... (Sécase una lágrima.)

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SÉPTIMO

Cain y Abel

La casa de la Frochard. Habitación de miserable aspecto. En el fondo, en uno de los ángulos, la cama de La Zurda, oculta en parte por un viejo pañolón tendido en una cuerda. Una puerta que da al exterior. A la derecha, una ventana y unos cinco escalones, que conducen á un desván, cuya puerta se halla entreabieata. A la izquierda, en un rincón, una arca vieja. Junto á la pared, un poco de paja extendida por el suelo y un cobertor hecho de retazos. Una mesita de madera, un sillón desvencijado, un fogón, una marmita, la muela y demás útiles del afilador, dos taburetes.

ESCENA PRIMERA

PEDRO y LUISA. Luisa tendida sobre la paja. Pedro sentado en un taburete, junto á ella velando su sueño

PEDRO ¡Tan joven, tan delicada, tan hermosa y reducida á este miserable estado por la codi cia de mi madre y la vileza de Jaime! Y cuando vuelve de su rudo trabajo, hé aquí lo que encuentra; un poco de paja en un rincón, donde reponer sus abatidas fuerzas. Y gracias que no se la encierre noche y día en el fondo de ese desván, en el que parece

se respira el aire de la muerte. Y yo veo todo esto y no puedo hacer nada, nada para impedirlo... (Se aproxima á Luisa.) Parece que está temblando... ¡Cuán agitada es su respiración... sufre sin duda!..

LUISA (Incorporándose.) ¿Quién anda ahí?

PEDRO Soy yo, señorita; Pedro.

LUISA Entonces podré descansar todavía un momento.

PEDRO Duerma usted tranquila, no me moveré de aquí: yo velaré su sueño.

LUISA ¡Estoy cansada!.. ¡Gracias, Pedro, gracias!

PEDRO (Después de contemplarla cortos momentos.) ¡El sueño es tan bueno cuando se es desgraciado! Parece que está más tranquila. ¡Quizá sueña con los tiempos en que amaba y era amada! (Se separa de Luisa.) «Te prohibo que pienses en ella», me dijo Jaime, y cuando así hablaba, yo no sé lo que había en su voz y en sus miradas que me hacían temblar, no por mí, sino por ella. Si pudiese decidirla á que huyera de aquí, pensé un día que la habían encerrado.. y á ese fin, rompi la cerradura del desván; pero la idea de que no la volvería á ver... de que la perdía para siempre, me hizo tanto daño como verla sufrir. (Con fuerza.) ¡No, no, imposible!... Prefiero que llore... prefiero que sufra con tal de que permanezca aquí.

ESCENA II

LOS MISMOS, LA ZURDA, luego JAIME

ZURDA ¿Ya están de vuelta? ¿Nada tienes que hacer fuera de aquí?

PEDRO (Señalando su rueda.) He traído la muela para estar al abrigo del frío.

ZURDA Y para estar más cerca de esta dormilona ¿no es verdad? ¡Ya sabes que tengo buen ojo, señor holgazán!

PEDRO ¿Por qué no dice usted eso á Jaime?

ZURDA Jaime es el mayor, es el amo, y hace lo que le da la gana.

PEDRO ¿Y en dónde está hoy?

ZURDA Trabaja.

PEDRO ¡Sí... trabajar él!...

ZURDA En casa del zurrador de enfrente. Dos veces ha trabajado en una semana. ¡Pobrecito hijo mío!

PEDRO ¿No trabajo yo todos los días?

ZURDA ¿Y sirves acaso para otra cosa, paticojo? (Con desprecio.)

JAIME (Entrando.) He trabajado un cuarto de jornal ya tengo bastante; al diablo el trabajo.

ZURDA Bien dicho, amor mío.

JAIME ¡Hola, Cupidito! Necesito que afiles mis herramientas... anda á buscarlas ahí enfrente.

PEDRO En seguida iré.

JAIME (Mirando á Luisa.) ¿Y esa? ¿No canta hoy? ¡Toma! Pues no está durmiendo y llorando á la vez.

PEDRO (Haciendo un movimiento hacia Luisa.) ¿Llorando?

JAIME (Deteniéndole.) Y bien; ¿y á tí qué te importa eso?

ZURDA ¡Es una hipócrita... una melindrosa!.. Esta mañana era preciso empujarla para que anduviera... y en punto á cantar... que si quieres.

JAIME (Sentándose y encendiendo la pipa.) Ya haré yo que cante el día que me dé la gana.

PEDRO ¿Queréis matarla?

JAIME ¿Qué?

PEDRO La pobre está enferma: no ha mucho la hacía tiritar la fiebre.

ZURDA ¡Pamemas por no trabajar!

JAIME Y bien; ¿qué es lo que tiene? ¿Qué le pasa?

ZURDA Manías... ¡Qué sé yo!

PEDRO (Acercándose á ellos y con voz acusadora.) Yo os diré lo que tiene. ¿Recordáis cuando concluyó de cantar la otra noche mientras estaba nevando, y que de improviso empezó á gritar... Enriqueta, hermana mía?...

ZURDA Cuando yo se lo había prohibido.

PEDRO Entonces, para que callara, le retorcísteis el brazo hasta casi rompérselo.

ZURDA Era preciso hacerla obedecer...

PEDRO Pues desde aquel día la consume la tristeza, y os digo que acabaréis por matarla.

ZURDA Yo no doy de comer á los holgazanes; quiero que trabaje, ó si no...

JAIME Si no... yo me encargaré de eso.

PEDRO Tú... ¿y qué harás?

JAIME Esto queda de mi cuenta.

ZURDA (A Luisa.) Vamos, arriba, señorita, arriba .. arréglese usted para salir... al momento... alísese usted el cabello. (Quitándole el pañolito del cuello.) y quítese esa pañoleta que la abriga demasiado. (Poniéndose el pañuelo que quita á Luisa.)

PEDRO (¡Miserables!)

LUISA (Con indiferencia.) No quiero salir más, señora.

ZURDA (A Jaime.) ¿La estás oyendo?... ¡No quiero salir más!...

JAIME Está muy bien. Vamos á ver.

PEDRO (Bajo á Luisa.) ¡Prudencia!

JAIME (Tomándole la mano.) Venga usté acá, hermosa.

LUISA (Rechazándole bruscamente.) Prohibo á usted que me toque.

JAIME (Con ironía.) ¿Cómo? ¿Ya no somos amigos?

LUISA ¡Amigos... vosotros!... ¡Verdugos!

ZURDA Y, sin embargo, muy dichosa puedes considerarte de habernos encontrado la noche en que te hallabas sola y abandonada por esas calles.

LUISA Sí: aquella noche le estaba á usted muy reconocida y la bendecía desde el fondo de mi corazón; mas cuando comprendí que no me tendía usted la mano por piedad, sino para satisfacer su codicia; cuando he visto que ha hecho usted de mí una miserable mendiga; que me tortura, que me maltrata, á fin de impedirme que llame á la que usted había prometido ayudarme á buscar... mi alma se ha sublevado; y ahora, á pesar de mi debilidad y de mi abatimiento... mi voluntad será más fuerte que sus amenazas y tormentos... (Irguiéndose.) y vuelvo á repetirlo, no mendigaré, no cantaré, no, no; y mil veces no.

PEDRO (Con ternura.) ¡Luisa!

JAIME (Con admiración.) ¡Es soberbia como ella sola!

ZURDA ¿Y quién te dará de comer, cariño mío? (Con retintín.)

LUISA Estoy resuelta á dejarme morir de hambre.

PEDRO (Bajo á la Zurda.) ¿Lo oye usted? Se dejará morir de hambre.

ZURDA ¡Bravatas! Ya acabará por pedir perdón.

LUISA ¡Eso nunca!

ZURDA Ya lo veremos: entre tanto te llevaremos al desván.

LUISA (Con entereza.) ¡Está muy bien; de allí no saldré sino libre... ó muerta!

PEDRO (Con dolor.) ¡Muerta!

JAIME (Entusiasmado.) ¡Rayos y truenos! ¡Es toda una mujer! (La coge con violencia y la abraza.) ¡Toma, por valiente!

LUISA ¡Ah! (Dando un grito y escapando de sus brazos.)

PEDRO ¡Jaime! (Ciego de rabia.)

JAIME (Primero sorprendido: luego se rehace y dice.) ¿Qué quieres, Cupidito? ¿Te disgusta que la abrace? ¡Pues defiéndela!

PEDRO (Mirándole con cólera.) ¡Yo!... que yo... la... (Al conocer que le falta fuerza material se coge la cabeza con ambas manos.) ¡Miserable de mí! (Cae llorando.)

ZURDA (A Luisa.) ¡Vamos... arriba, poltrona!

JAIME Sí... eso es... (Reflexionando.) Vaya usted, madre, condúzcala usted. (Hace señas á la Zurda que se aproxima.)

PEDRO (¡Oh, sí! Prefiero perderla para siempre.)

JAIME Escuche usted, madre.

PEDRO (Bajo á Luisa.) (Hoy mismo será usted libre. He roto la cerradura del desván y luego podrá usted huir.)

JAIME (A la Zurda.) Enciérrela usted bien.

PEDRO (A Luisa.) (Oculta en la paja, encontrará usted una llave.)

JAIME Tengo razones para desconfiar de él.

ZURDA ¡Bien... bien... entendidos! (A Luisa.) Vamos andando. (Hace subir á Luisa, que entra en el desván.)

ESCENA III

LOS MISMOS, menos LUISA

ZURDA — No comerás nada hasta pasado mañana. No hay como una dieta de dos días para hacer entrar á la gente en razón.

JAIME — Yo tengo otro medio mejor.

PEDRO — ¡Tú!

ZURDA — ¿Cuál es?

JAIME — Casarme con ella: y cuando sea mi mujer... ya me obedecerá.

PEDRO — ¿Tú su marido?

JAIME — ¡Me he propuesto que jamás sea de otro, y mi voluntad se cumplirá, pese á quien pese!

ZURDA — A la verdad... si la chiquilla cantase todos los días... no sería mal negocio... Y una vez mujer de Jaime, nada tendríamos que temer.

PEDRO — Pero para que sea tu mujer, será preciso que ella consienta.

JAIME — ¡Consentirá!

PEDRO — ¿Y si rehusa?

JAIME — La obligaré. (Riendo satánicamente.)

PEDRO — ¿Cómo? (Provocándole.)

JAIME — ¿Cómo? ¡Hase visto criatura más estúpida! Vamos, sígueme... sígueme, Ganimedes. ¿Te gusta ese nombre? Anda...

PEDRO — Tengo que hacer aquí

JAIME — Te he dicho que quiero que afiles mis herramientas de trabajo; y luego tengo mis razones para llevarte conmigo... Conque... andando, hijito, andando.

ZURDA — Obedece cuando él te manda.

JAIME — Vamos, Cupido, ¿qué esperas?

PEDRO — ¿De qué me sirve haber nacido hombre... si soy débil como una mujer? (Vanse los dos. La Zurda cierra la puerta.)

ESCENA IV

ZURDA

¡Y qué hombre es mi Jaime! El otro... bien se conoce que no lleva la misma sangre. (Saca una botella de aguardiente que tiene escondida bajo el jergón.) ¡Qué rico está!... ¡ah! (Paladeando.) ¡Esto es la vida! ¡Casarse con la ciega!... Solo al mismo diablo se le hubiera ocurrido semejante cosa... Verdad es que el médico dijo que la curaría... Sí; pero en volviendo la vista ¡adiós mi dinero! ¿Quién puede ser? (Vuelven á llamar.) ¡Voy! (Esconde la botella y entreabre la puerta.)

ESCENA V

LA ZURDA, ENRIQUETA

ZURDA ¿Qué se le ofrece á usted?

ENR. (Desde fuera.) ¿La señora Frochard?

ZURDA ¿Qué la quiere usted?

ENR. Es absolutamente necesario que la hable.

ZURDA (Sorprendida.) ¡Ah!... ¿Viene usted sola?

ENR. Sí... sola. (Después de mirar hacia fuera.)

ZURDA Pues entonces .. entre usted. (La Zurda después de haber entrado Enriqueta, mira de nuevo si viene alguien con ella: luego cierra la puerta. Enriqueta mira asustada á su alrededor.)

ENR. ¿Y es aquí donde ella vive? (La Zurda se aproxima, Enriqueta se vuelve hacia ella y se encuentran sus miradas.) La mirada de esta mujer me hace daño.

ZURDA Hable usted. ¿Qué es lo que tiene usted que decir á la señora Frochard?...

ENR. (¡Cómo late mi corazón!)

ZURDA Parece está usted intranquila... mira usted á todas partes como si buscase algo.

ENR. Efectivamente... busco á la persona que habita aquí con usted.

ZURDA (Con recelo.) ¿Qué persona?

ENR. Una joven.

ZURDA Una... (Encogiéndose de hombros.) (¿Será acaso la hermana?) No conozco á esa joven que usted dice.

ENR. ¿Qué no la conoce usted?

ZURDA No.

ENR. Y sin embargo me han dado bien las señas. Una casa aislada, ya en el campo, cerca de la ribera. .

ZURDA Hay otras muchas casas como ésta.

ENR. Quizás... me haya equivocado.

ZURDA Es muy fácil. Busque usted más lejos, señorita... (Mañana abandono esta casa.)

ENR. Pero... ¿no llaman á usted la señora Frochard?

ZURDA Eufemia Frochard: por apodo La Zurda.

ENR. ¿No pide usted limosna en compañía de una niña ciega, que canta por las calles?...

ZURDA Usted se equivoca. A qué he de pedir limosna si tengo dos hijos que trabajan. . uno de ellos afilador... Mire usted... allí está la muela...

ENR. (Dudando.) ¡Ah!... Pero... entonces...

ZURDA El otro está ahí enfrente. (¡Si pudiera llamarle!...)

ENR. Y sin embargo, recuerdo muy bien que el Doctor... (Dando un grito.) ¡Ah!

ZURDA (Asustada.) ¿Qué tiene usted?

ENR. (Tomando un chal de una silla.) ¡Este chal le conozco! Es suyo... le digo á usted que es suyo

ZURDA (Queriendo cogerlo.) No señora, no señora; es mío.

ENR. Y esa pañoleta que lleva usted...

ZURDA (Turbada.) ¡Eh!. . que...

ENR. La bordé yo misma para ella... (Le arranca la pañoleta.) ¡Desgraciada! ¡Usted miente! ¡Usted miente!

ZURDA (¡Maldita visita!) Y bien, sí; es cierto; pero la he visto á usted tan trémula, que no me he atrevido á decir á usted toda la verdad.

ENR. Hable usted, vamos. Hable usted.

ZURDA La joven que usted busca, yo la hallé y la recogí una noche que vagaba perdida por las calles de París.

ENR. Continúe usted, por favor.

ZURDA En vista de que yo no podía mantenerla. cantaba como un ruiseñor para ganar su pan.

ENR. Y luego... ¿qué más?

ZURDA Después... ¡Ah! señorita... la pobre niña no estaba acostumbrada á tan ruda fatiga, y después de tres meses de llanto y desesperación...

ENR. Acabe usted...

ZURDA Ha dos días... que el pobre ruiseñor no canta.

ENR. ¡Ha muerto!...

ZURDA (¡Lo que es yo no lo he dicho!)

ENR. ¡Muerta!... ¡Muerta... mi... mi... Luisa... mi hermana... ella! ¡Ah!... (Cae desvanecida sobre la paja.)

ZURDA ¡Desmayada!... Yo no he dicho más que la mitad... Ella es la que se ha figurado el resto ¿Qué haré? Si habla y nos denuncia... Si Jaime estuviese en casa... Si le llamase... Pero y si ésta vuelve en sí... ¡Bah! De todos modos no verá á la otra. Cierro con llave. (Cierra el desván y quita la llave.) Una dentro y la otra fuera... Nada hay que temer. Voy por Jaime. (Sale. Apenas ha salido empujan con suavidad la puerta del desván Luego con más fuerza hasta que salta la cerradura hecha pedazos. Se abre la puerta y sale Luisa.)

ESCENA VI

ENRIQUETA, LUISA

LUISA No oigo á nadie. Pedro ha dicho verdad, estaba rota la cerraja. Voy á seguir su consejo, huiré de aquí, suplicaré al primer transeunte, que me conduzca por caridad al hospital de San Luis, á casa del bondadoso doctor... ¿Dónde está la puerta? (Pasa junto á Enriqueta desmayada y llega á la puerta.) ¡Ah! ¡aquí está! (Busca la llave.) ¡Cerrada! ¡Está cerrada! ¡Oh! Ahora recuerdo me dijo Pedro que había una llave entre la paja. . (Se acerca, busca y encuentra la llave.) ¡Sí .. Sí... aquí está!... hu-

yamos, huyamos pronto... (Vuelve hacia la puerta y tropieza con Enriqueta desmayada, se detiene a-ustada, se agacha y tiende la mano.) Una mujer... en el suelo... (Encuentra la mano de Enriqueta.) ¡Su mano está fría! ¡Oh! ¡Dios mío! Habrán cometido un crímen! ¡Sin duda, y luego han huido! (Se arrodilla, toca la cabeza de Enriqueta y le pone la mano en el corazón.) ¡Está muerta! ¡Dios mío! No... no... todavía late su corazón... ¡No está más que desmayada! ¡Señora!... ¡señora!... Hable usted. No me oye... ¿Qué haré? No puedo abandonarla de esta suerte. (Aparecen la Zurda y Jaime que durante este acto lleva delantal de zurrador.)

ESCENA VII

LAS MISMAS, ZURDA, JAIME, luego PEDRO

ZURDA ¡Juntas!

JAIME Es preciso separarlas al momento.

ZURDA (A Luisa.) ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has salido del desván?

LUISA (Temblando.) Yo... señora... yo...

JAIME (Bajo.) Despachemos; la otra vuelve en sí.

ZURDA ¡A tu encierro!... ¡Al momento!... (A Luisa.)

LUISA ¿Y esta mujer que está aquí desmayada?

PEDRO (Se presenta.) ¿Una mujer?

ZURDA (Empujándola hacia la escalera.) ¡Esas no son cuentas tuyas... andandito! (La conduce á la escalera.) Vaya, adentro. (La hace subir y abre la puerta para que entre Luisa. En el momento en que ésta va á desaparecer, Enriqueta que ha vuelto en sí, abre los ojos. la ve y da un grito.)

ENR. ¡Ah! (Jaime la tapa la boca con la mano, ella procura rechazarle, Luisa se detiene.)

LUISA ¡Ese grito!

ENR. (Forcejeando con Jaime.) ¡Luisa!... ¡Luisa!

LUISA (Rechazando á Zurda.) ¡Enriqueta!... (Baja la escalera y encuentra á Enriqueta que á pesar de Jaime se ha dirigido á ella y la abraza.) ¡Ah! ¡Mi Enriqueta! Eres tú. (Enriqueta la cubre de besos sin poder hablar.) ¡Hermana mía! ¡Hermana mía!

PEDRO (Con alegría.) ¡Su hermana! ¡Ya no estará sola en el mundo!

ENR. (Mirándolos.) ¡Son ustedes unos miserables!... ¡Pobre Luisa mía!... En qué estado te encuentro... Sí; unos miserables á quien haré castigar. Vámonos, Luisa. (Cogiendo á Luisa.)

JAIME (Furioso y cerrándoles el paso.) ¡Eh! De aquí no se sale.

ENR. ¡Cómo! ¿Pretende usted detenernos?

JAIME ¡Pues ya lo creo, que pretendo!

ZURDA ¿No se propone usted delatarnos?

JAIME Es mía, y nadie la arrancará de mi lado.

ENR. Gritaré... pediré socorro...

JAIME (Fuera de sí.) Inténtelo usted; pero le advierto que está en mi casa y que somos de una familia... que mata... (Enriqueta retrocede un paso.)

PEDRO ¡Detenerlas á la fuerza!

JAIME Nadie la sacará de aquí. (Cogiendo á Luisa.) ¡Es mía!... La quiero.

LUISA (Dando un grito.) ¡Dios de misericordia!

PEDRO (Lanzándose contra Jaime, arranca á Luisa de sus brazos.) ¡Nunca... nunca! Esta es ya demasiada infamia. (Las dos hermanas, vuelven á abrazarse.)

JAIME ¿Y te atreves .. tú... á levantar la voz?...

PEDRO ¡Y bien, sí; me atrevo!

JAIME ¡Contra mí!

PEDRO Y contra todo aquel que la maltrate. Bastante he temblado ya ante tu presencia.

JAIME ¡Pedro!

PEDRO ¡Ya no me causas miedo! ¡Ah! ¡te veía grande y robusto, y te creía valiente y decidido; pero has cometido la bajeza de amenazar á dos mujeres, y veo claramente que no eres más que un vil cobarde! ¡Atrévete con ellas, atrévete conmigo! Vale más mi valor, que toda tu fuerza.

LUISA Bien, Pedro.

PEDRO Señorita. Cuente usted conmigo.

JAIME (Dirigiéndose á Pedro.) Pues sea; ya que tú lo quieres, nos entenderemos los dos.

PEDRO (Mirándole frío y fijamente.) Quiero que las dejes marchar.

JAIME ¡De veras!... (Riéndose.)

PEDRO Quiero impedir á toda costa que cometas el

crimen que meditas; que estoy leyendo en tus ojos.

ZURDA ¡Pedro! (Temiendo por su hijo.)

JAIME ¿Y qué harás si yo me opongo á que salgan?

PEDRO ¿Qué haré? Somos de una familia que mata; tú acabas de decirlo. Pues bien, acércate si te atreves, á cualquiera de las dos. Señoritas, el paso está libre, salgan ustedes.

JAIME (Van á salir.) ¿Cómo? ¿Y te atreverías, cobarde?

PEDRO ¿Conoces el secreto de mi alma y preguntas si me atreveré? Salgan ustedes...

JAIME ¡Ay de ellas si dan un solo paso!... (Las dos jovenes se detienen cerca de la puerta.)

PEDRO Nada tienen ustedes que temer...

LUISA Adiós, Pedro. Dios premiará tan buena acción.

ENR. ¡Huyamos! (La Zurda habrá ido á cerrar la puerta y quiere impedirlas el paso pero Pedro la quita de un empujón y salen Luisa y Enriqueta.)

JAIME ¡Y se van! ¡Huyen!

PEDRO (Cierra el paso tras de la puerta.) No pasarás: ¡yo te lo prohibo!

JAIME Pasaré cuando quiera.

PEDRO (Sujetando la puerta de espaldas al público.) ¿Cómo?

JAIME (Hiriéndole por la espalda.) Así.

ZURDA Jaime... Pedro... Miserables... (Horrorizada y mesándose los cabellos con desesperación salvaje.)

JAIME Paso... paso, digo...

PEDRO No... no... y mil veces no...

JAIME ¡Pues concluyamos! (Jaime se precipita de nuevo sobre Pedro ciego de ira; éste que al sentirse herido ha sacado también un cuchillo, se lo presenta al pecho á Jaime y éste se hiere cayendo de espaldas.)

JAIME ¡Ah!... ¡Muerto soy!

ZURDA ¡Jaime!.. ¡Jaime mío!... ¡Pedro! ¡Pedro!... (Yendo del uno al otro como una fiera herida de muerte.)

PEDRO (Tambaleándose y cayendo poco á poco.) ¡Yo... muero pero ella... se ha... salvado! (Muere.)

FIN DEL ACTO SÉPTIMO



ACTO OCTAVO

Lágrimas benditas

Salón en casa del Conde de Liniers

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, EDUARDO, UN LACAYO

LACAYO El caballero Eduardo de Vaudrey.

CONDE (Al lacayo.) Haz que pregunten á la señora Condesa, si quiere recibir á su sobrino.

EDUAR. Agradezco, señor Conde, que haya usted adivinado mi pensamiento. Al entrar en esta casa no tenía más que un deseo; volver á ver á una persona que amo, como amaba á mi madre, abrazarla y partir.

CONDE Igual deseo experimenta esa desgraciada desde hace tres días, pasados entre horribles sufrimientos.

EDUAR. Me asustais, señor. ¿Qué tiene, pues, la Condesa?

CONDE Desde el instante en que la encontré en casa de la persona á la cual sacrificais todos vuestros deberes y las más altas consideraciones, se declaró en su extraña enfermedad una nueva crisis, crisis terrible en la que domina la fiebre y el delirio. Palabras inco-

herentes brotan de sus labios, tan extrañas, tan dolorosas, que hacen estallar en mí á la vez transportes de profunda piedad ó accesos de violenta cólera, en términos, que presa de la más horrible duda, busco en su vida pasada una falta que redimir, ó una desgracia que deplorar.

EDUAR. ¿Y podriais hablar de castigo cuando la esteis viendo morir?

CONDE Si no hubieseis arrancado la fatal página de ese libro... (Señala el del acto tercero.)

EDUAR. Me reprochariais hoy una acción culpable.

CONDE Mía hubiera sido la falta, yo habría cargado con su peso.

EDUAR. Y yo cómplice de ella, habría participado de la vergüenza.

CONDE (Viendo salir á la Condesa) La Condesa. Silencio.

ESCENA II

DICHOS, CONDESA

COND.ª (Con paso lento.) ¡Eduardo! (Le tiende los brazos en los que él se precipita. Eduardo después de un momento, la ayuda á sentar en un sillón.)

EDUAR. ¡Animo, señora!

COND.ª ¡Animo! ¡Ah! ¡si aun vivo!

CONDE Señora...

COND.ª Os agradezco, Conde, el que me la hayais devuelto.

EDUAR. ¡Habeis sufrido mucho!

COND.ª Mucho... ¿Y tú también mi pobre Eduardo?

EDUAR. No os ocupeis de mí.

COND.ª No creas que te he olvidado. Cumplí mi promesa. (Eduardo hace un movimiento.) ¡Oh! puedo hablar delante del Conde. Me encontró en su casa.

EDUAR. ¡En casa de la pobre Enriqueta! ¿Y no os enterneció su acerbo dolor? (Al Conde.)

CONDE Dolores más agudos han herido profundamente mi alma, abatido mi espíritu y turbado mi razón. Cierto, Condesa, vos estabais allí cuando ordené el arresto de aquella jo-

ven, y agitada, temblosa, casi loca, sin conciencia de lo que deciais quisisteis precipitaros fuera de la habitación. ¿No es verdad, señora?

COND.ª ¡Sí, es verdad!

CONDE Vuestros ojos estaban humedecidos por las lágrimas, vuestras palabras se ahogaban entre sollozos, y sin embargo, no era por aquella joven por quien llorabais. ¿No es verdad, señora?

COND.ª ¡Es verdad!

CONDE ¿Entonces, por quién eran vuestras lágrimas? Hablad. (Con mirada extraviada se levanta de pronto.)

COND.ª ¿Por quién?... (Eduardo la coge la mano, vuelve la cabeza disimuladamente indicando al Conde. Ella vuelve á sentarse y después de una pausa exclama:) ¡Ah! ¡Mi pobre Eduardo! Cuán feliz sería si muriera.

CONDE (Con sentimiento y dignidad) Perdonadme, señora, he obrado mal interrogándoos. ¿Acaso no estais á cubierto de toda sospecha? (La Condesa mira á Eduardo y mueve tristemente la cabeza.)

LACAYO El señor Doctor.

CONDE Que pase, que pase al momento.

ESCENA III

LOS MISMOS, EL DOCTOR

DOC. ¿Cómo es eso? ¿Levantada sin mi permiso?

COND.ª ¡Qué importa, Doctor!

DOC. Mucho, en tanto no ceda esa fiebre tenaz. Veamos. (Tomándola el pulso y sacudiendo tristemente la cabeza mirando al Conde.) Más frecuente todavía.

COND.ª Doctor... me parece... que el aire libre... me haria... mucho bien.

DOC. ¡El aire libre!

COND.ª Sí; quisiera salir.

DOC. ¿Salir?

COND.ª Quisiera emprender de nuevo mis acostumbradas correrías... subir á las guardillas...

ver á mis enfermos... socorrer á los que el hambre y la miseria obligan á mendigar por las calles.

Doc. Señora Condesa: eso es imposible, puede usted mandar limosnas á esos desgraciados.

Cond.ª No... no es eso, yo quiero verlos. Usted me repite siempre que tengo un peso aquí que me ahoga. (Con amarga sonrisa.) Que son lágrimas que no pueden salir... pues bien, la vista de esos desgraciados me hace llorar, y ya ve usted...

Doc. No es necesario que vaya usted en su busca; yo tengo seres infortunados que recomendar á usted, y sin ir muy lejos, hace tres días, en el patio de la Salpetriére... (Rodean al Doctor, Eduardo y el Conde que se habían apartado prudentemente.)

Cond.ª ¿De la Salpetriére?...

Doc. Unas cuantas mujeres, iban á ser deportadas á Guyena. Entre esas pobres desterradas había una, cuya desesperación desgarraba el alma. La infeliz dejaba en París, abandonada á la bondad de Dios, á una pobre hermana, casi una niña, de quien en otro tiempo era el único apoyo y que hoy mendiga cantando por plazas y calles.

Cond.ª ¡Oh! ¡Dios mío!

Eduar. (Con emoción.) ¿De quién está hablando?

Doc. Y lo que hace todavía más cruel su situación, es que aquella pobre mendiga está ciega.

Cond.ª (Levantándose.) ¡Ciega!...

Doc. Sí, señora. ¡Y hay seres tan infames que no han vacilado en especular con su infortunio! Ha podido escapar de entre sus garras gracias á un doble crimen; y se ha refugiado en mi casa.

Cond.ª ¿Y usted no la habrá rechazado?...

Doc. ¿Acaso se ahuyenta al pobre pajarillo, que en una helada mañana de invierno aletea cerca de nuestra ventana? Se le acoge, se le alienta, se le reanima y se le salva. A esto he venido, señora.

Cond.ª Acabe usted.

DOC. Señor Conde, usted, sin quererlo, ha contribuido á esta desgracia; por lo tanto no puede usted negarse á repararla.

CONDE ¡Yo! ¿doctor?

DOC. Estoy seguro de que lo hará usted, y que la señora Condesa le secundará generosamente porque ya estoy viendo en sus ojos la ternura. ¿Que no será, pues, cuando mi protegida caiga suplicante á sus pies? ¿Consiente usted, señor conde?

CONDE ¡Sea! Puede usted traerla cuando guste.

DOC. Pues al momento.

TODOS ¿Cómo?

DOC. Señor Conde, á prevención me la he traido conmigo. (Por de pronto la cieguecita.)

COND.ª (Fuera de sí.) Ella... aquí... junto á él... En la casa de mi esposo...

DOC. (Abriendo la mampara del foro.) Venga usted, hija mía, venga usted. (Sale un momento y vuelve guiando á la ciega.)

ESCENA IV

DICHOS, LUISA

EDUAR. (¡Cielos! ¡Es la hermana de Enriqueta!) (A la Condesa.)

COND.ª (Apoyándose en su brazo.) (¡Es mi hija, Eduardo, es mi hija!)

DOC. Animo, hija mía, de usted depende ahora obtener el perdón de su pobre hermana.

LUISA (¡Yo tiemblo!)

DOC. Vamos, señora Condesa; dirija usted alguna palabra á esta pobre niña para que se anime.

COND.ª Que... que yo... yo ..

DOC. ¿Acaso no conmueve á usted su infortunio?

COND.ª ¡Su infortunio!... ¡Oh! sí.

DOC. Háblela usted, pues.

COND.ª (Conmovida.) Tranquilícese usted, hija mía.

LUISA ¡Ah! Yo conozco esa voz.

COND.ª Se halla usted rodeada de personas que la estiman.

LUISA Señora, usted ya se ha apiadado de mí en otra ocasión.

COND.ª (A Eduardo,) ¡Me reconoce!

LUISA Sí; un día al salir de la iglesia, me dió usted una moneda de oro, diciéndome: ruegue usted por mí. Señora: ¿quién es usted?

COND.ª Soy .. la Condesa de Liniers.

LUISA Tiéndame usted de nuevo su mano protectora. (Le tiende la mano.) ¡Condúzcame usted al señor Conde, á fin de que le pida humildemente me conceda el perdón de mi Enriqueta, de mi hermana! (Después de haberse acercado Luisa, la Condesa la toma de la mano, se detiene un instante indecisa, luego serenándose se dirige al Conde arrodillándose junto con Luisa y dice.)

COND.ª ¡De rodillas, hija mía, de rodillas!

LUISA ¡Señor Conde, tenga usted piedad de nosotras!

COND.ª ¡Piedad!

LUISA ¡Mi hermana es inocente, concédame usted su perdón y bendeciremos en usted á nuestra providencia!

CONDE (Firmando un papel.) ¡El perdón de su hermana!

EDUAR. ¿Qué hará?

CONDE Tome usted... tome usted... ahí va mi firma en blanco. Extienda usted el perdón con el nombre de su protegida.

DOC. (¡Pobre Mariana! ¡te has salvado!) Gracias, señor Conde. (Toma el papel, mientras Eduardo ayuda á levantar a la Condesa.)

LUISA ¡Oh, señor! Permítame usted que bese sus manos!

CONDE Yo mismo haré expedir esta orden. ¡Saldrá mañana... esta noche!

DOC. Como el viaje será solo hasta la antecámara, yo mismo seré el portador.

CONDE No comprendo...

DOC. Señor Conde, también me he tomado la libertad de traer á la agraciada. Vedla señor... (Se dirige á la puerta del foro y hace señas á Enriqueta para que entre)

ESCENA ULTIMA

LOS MISMOS, ENRIQUETA

ENR. Sí la llamo á usted, me dijo, es que he obtenido su perdón.

LUISA Enriqueta, da las gracias á nuestros bienhechores.

ENR. (Viendo á Eduardo.) ¡Cielos! ¡Eduardo!

CONDE (Con violencia.) ¿Qué veo?... Era esa joven... era... esa la...

EDUAR. (Avanzando hacia Enriqueta.) ¡La que amo, la que amaré toda mi vida, oh sí!... Lo juro, señor Conde.

CONDE También á mi vez yo juro...

ENR. Deténgase usted, señor Conde, y dígnese escucharme. (Dirigiéndose á Eduardo.) Eduardo, entre los dos, existe una formidable barrera. Olvídeme usted, ya que mi deber ahora, es vivir para ella... para ella solamente. (Abraza á Luisa.) Agradezco á usted, señor Conde, que me haya devuelto esta mitad de mi vida; á su generosa acción, sacrificaré gustosa la otra mitad. Las órdenes del señor Conde serán respetadas; Luisa y yo partiremos para siempre.

COND.ª ¡Partir!

ENR. No volverán ustedes á vernos. Nunca turbaremos su tranquilidad.

EDUAR. ¡Enriqueta!

COND.ª ¡Para... siempre!

CONDE Sea: con esta condición no revocaré la gracia que acabo de concederos. ¡Vaya usted, señorita!

ENR. LUI. (Yéndose.) Adiós...

COND.ª (Con desesperación.) No... es imposible... no quiero... que se vaya... no... (Llevándose las manos á la garganta.) ¡Ah!... me ahogo... aire... yo... muero... (Cae desvanecida.)

CONDE (Socorriéndola.) ¡Condesa, Diana!

EDUAR. (Idem.) ¡Gran Dios!

DOC. ¡Silencio! (Examina á la Condesa, le pone la mano sobre el corazón. Pausa larga. Silencio sepulcral.)

CONDE ¡Doctor!... (En el colmo de la ansiedad y en voz baja.)

DOC. Está como herida de un rayo... y nada puedo decir.

CONDE ¡Ah! ¡Dios mío! ¿qué teme usted?

DOC. (Al Conde y á Eduardo.) Todo, si esta situación se prolonga, si no halla una tregua ese secreto dolor que la destroza el alma. (Vuelve junto á la Condesa.)

CONDE (A Eduardo) Vos sois quien apresura su muerte.

EDUAR. ¡Yo! ¡Conde!

CONDE Vos que me arrebatásteis el secreto que la asesina.

EDUAR. (Temblando lleva la mano á su pecho y saca del bolsillo de su levita un papel que desdobla lentamente y que pone delante de los ojos del Conde.) Hé aquí, pues, la página que yo arranqué; leedla, señor.

CONDE (Se apodera de ella.) ¡Ah!

EDUAR. Leedla, señor Conde, pero recordad el pasado, recordad sus lágrimas, sus súplicas el día de los esponsales... y la obstinación de todos en torcer su voluntad de consagrarse al claustro.

CONDE (Lee y dice después de leer.) ¡Ah! ¡Deshonrado! ¡Engañado!

EDUAR. Por ella no; por los que lograron su silencio, amenazando la vida de su tierna hija.

CONDE ¡Su hija!

EDUAR. (Con abatimiento.) De la que ha estado separada quince años, y que Dios mismo devuelve á su lado. (Señalando á Luisa)

CONDE ¡Esa joven! ¡Esa mendiga! ¡Ah! (Se deja caer en el sillón y oculta el rostro entre sus manos. Entre tanto la Condesa ha vuelto en sí, se levanta lentamente, mira á su alrededor y ve á las jóvenes que han permanecido junto á la puerta.)

COND.ª ¡Ah! (Luego vuelve los ojos hacia su esposo y este la mira.) Señor Conde, ¿habeis consentido en que marchen?

CONDE ¡Yo! (Vacilando.)

DOC. Decid que no, si quereis que viva.

EDUAR. ¡Señor Conde! (Suplicante,)

CONDE — No, no he consentido, señora. He comprendido que una separación eterna causaría en alguno... un eterno dolor. (Señalando á Eduardo.)

COND.ª — Oh... sí... sí...

CONDE — Sé, Diana, el profundo cariño que teneis á vuestro sobrino, y antes de vuestra desesperación, he impuesto silencio á los sentimientos de mi justo orgullo de familia y... Dios me lo tenga en cuenta, estas jóvenes... no partirán.

COND.ª — ¡No partirán!

ENR. — ¡Ah señor!

CONDE — Consiento, señorita, en su enlace, con el caballero Eduardo de Vaudrey.

ENR. — ¡Eduardo! ¡Señor Conde! (Deja á Luisa para demostrar su gratitud al Conde.)

EDUAR. — ¡Oh, gracias! (Estrechando la mano á su tio.)

CONDE — ¡Pobre niña! Otra vez vas á quedar sin amparo. (Tomando la mano á Luisa y dirigiéndose á la Condesa.) Si usted quisiera, señora... (Haciendo un esfuerzo.) Podría usted adoptarla.

COND.ª — (Con alegría.) ¡Yo!...

CONDE — ¡Sería... nuestra hija!

COND.ª — (De rodillas besando las manos del Conde y en voz baja.) ¡Ah!... Señor... señor... ¡Vos lo sabeis todo!

CONDE — (Rompiendo la página.) Todo; pero lo he olvidado ya.

DOC. — ¡Muy bien, señor Conde!

CONDE — Abrazadla pues, señora, y llamadla hija.

COND.ª — (La Condesa la abraza.) ¡Hija de mi corazón! (Rompe á sollozar; el Doctor acude.)

CONDE, EDUAR. — Doctor, Doctor... este llanto...

DOC. — ¡Lágrimas benditas! ¡Llanto de salvación!

LUISA — ¡Ah! señora; si yo pudiese ver á usted.

DOC. — La vereis, hija mía, yo os lo prometo.

CONDE — ¡Ah! cree usted posible... Doctor...

DOC. — Lo creo seguro, señor Conde, porque Dios guiará mi mano como os ha guiado el corazón.

FIN DEL DRAMA

En Madrid los principales papeles de esta obra, estuvieron á cargo de las Sras. Liron (D.ª María), Martínez (D.ª Teresa), Carceller, Srtas. García (Eladia), Taeño y Sres. Sánchez Palma, Fuentes, Catalá (Vicente), Ferrandiz (José), Juncos, Benedi, etc.

En Valencia de las Sras. Aranaz, Carbonell, Huertas, Suárez, Coronel y Torromé y Sres. Aparicio, Valero (Ricardo), Barreda, Alba, Mora y Ferrando, etc.

En Palma de las Sras. Domínguez, Llorente, Francesconi, Val, Zapatero y Sres. Maza, Riutort, Casañer, Balaguer, Altarriba, etc.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Delfín, comedia original en un acto.
¿Quién es Calleja?, comedia original en un acto.
La mesonera del León de oro, comedia en tres actos, arreglo.
El cuchillo de plata, drama en seis actos, arreglo (1).
El registro ae la policía, drama en ocho actos, arreglo.
Una y no más, comedia en un acto.

PRODUCCIONES EN CATALÁN

Tal farás tal trobarás, drama en tres actos.
La virtud y la conciencia, drama en cuatro actos.
Paraula es paraula, comedia en tres actos.
L' art de la bruxería, comedia de magia en cuatro actos (2).
Tans caps tans barrets, comedia en dos actos.
La pàu de casa, comedia en dos actos.
Cada hu per hont l' enfila, comedia en dos actos.
A boca tancada, comedia en un acto.
Tal hi va que no s' ho creu, comedia en un acto.
L' ase de 'n Mora, comedia en un acto.
Qui juga no dorm, comedia en un acto.
Lo birolet de S. Guim, comedia en un acto.
Lo diable son las donas, comedia en un acto.
La barqueta de S. Pere, comedia en un acto. Premiada en los juegos florales.
La Castanyada, comedia en un acto.
Ben vingut sia, comedia en un acto.

ZARZUELAS

La guardiola, en tres actos (3).
La gran sastressa, en dos actos.
La masovera, en dos actos.
Lo somni daurat, en dos actos (4).
La manascala, en dos actos (5)
La criada, en dos actos (1).
Qui tot ho vol tot ho pert, en un acto.
María, en un acto.
De Barcelona al Parnas, en un acto.
A sort y ventura, en un acto.
Un beneit de Jesucrist, en un acto.
Dos millons, en un acto.
Las campanetas, en un acto (6).
Un pobre diable, en un acto.
Pot mes qui piula, en un acto (3).
Micos, en un acto (1).
Per retrocés, en un acto (1).
La cándida paloma, en dos actos (1).

En colaboración..
(1) Con D. José Roca y Roca.
(2) Con D. Conrado Roure.
(3) Con D. Bartolomé Carcassona.
(4) Con D. Joaquín Arimón.
(5) Con D. Rafael Burgell.
(6) Con D. Conrado Colomé.